

# EL COJO ILUSTRADO

Año II

1º DE MAYO DE 1893

Nº 33

## PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . . B. 4  
UN NUMERO SUELTO. . . . . B. 2

## EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.  
EMPRESA EL COJO - CARACAS - VENEZUELA  
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

## EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO  
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO



FLOR CAMPESTRE



## SUMARIO

**TEXTO.**—Nuestros Grabados.—Doctor José Manuel de los Ríos, por el Doctor Juan de Dios Méndez, hijo.—Rigor, por I. J. Breca.—Antonio J. Carranza, por E. M. y M.—Su alcoba, poesía de Ismael Enrique Arciniegas.—Correspondencia, por el Doctor D. Villamil.—Suelto de la Dirección.—Andrés Delgado Pardo, por la Dirección.—Macuto, poesía de Domingo Garbán.—Academia de monos, traducción.—Pensamientos sueltos, por el Doctor J. M. Núñez de Cáceres.—Música española, poesía por C. Sánchez Arvalo.—Miguel, por el conde León Tolstoy.—Flores y Mujeres, por Manuel C. Correa.—Su corsé, poesía de Ismael Enrique Arciniegas.—Revista de la Quincena, por Eugenio Méndez y Mendoza.—La calvicie de las mujeres, traducción de M. R.—El pescador de Islandia.—Nota.

**GRABADOS.**—Flor Campestre.—Doctor José Manuel de los Ríos, de fotografía.—Señor Antonio J. Carranza, de fotografía.—Estatua de Colón en Carúpano, de fotografía.—Andrés Delgado Pardo, de fotografía.—Venezuela: Pueblo de Pedernales, Melino de viento y Almacén de Pedernales, de fotografías.—La ley del Talión.—Puerto Cabello: (Venezuela)—Edificio de los baños de mar, de fotografía.—Vapor "Normandie," de fotografía.—Sala del "Normandie."—Corte del vapor "Normandie."

## NUESTROS GRABADOS

## Doctor José Manuel de los Ríos

¡Cuántas personas en Caracas habrán deseado poseer un retrato del hombre á quien han visto entrar á sus afligidos hogares como el ángel de la consolación. EL COJO ILUSTRADO tiene hoy el placer de proporcionar á muchos la satisfacción de aquel deseo publicando el retrato del Doctor José Manuel de los Ríos, eminente facultativo de Caracas y escritor notable, persona muy principal de nuestra sociedad, así por la honorabilidad y lustre de su nombre, como por su alto saber y notorias virtudes.

Continuaremos en nuestros próximos números publicando los retratos de otros médicos notables.

En otro lugar publicamos los apuntes biográficos del Doctor Ríos, con que nos ha obsequiado un apreciable colaborador nuestro, hacia los cuales llamamos la atención de nuestros lectores.

## Antonio J. Carranza

En la Revista de nuestro número anterior anunciamos la muerte del señor Carranza, acaecida el día 31 de marzo último. Fué el señor Carranza uno de los más antiguos profesores de pintura en Caracas. Con la publicación del retrato del señor Carranza, EL COJO ILUSTRADO rinde un homenaje á la memoria del hombre que dedicó los mejores años de su vida á la labor excelsa de propagar el arte y que fué además correcto y respetable ciudadano.

En otro lugar verán nuestros lectores los apuntes biográficos del señor Carranza, obra de nuestro corredactor Méndez y Mendoza.

## Estatua de Colón

"De Oriente nos viene la luz." Pensamiento es este que si seguimos nuestra historia patria puede aplicarse con justicia á la parte Oriental de Venezuela. Allí siempre el entusiasmo patriótico y los innegables sacrificios en pro de la Revolución emancipadora, allí los esfuerzos de todo género por concurrir al progreso común de la Nación; allí los ingenios de primera línea, los hombres de acción, los políticos, los magistrados; allí, en fin, la cuna de Sucre, Aquiles lleno de virtudes, digno compañero y émulo de BOLIVAR, el grande entre los grandes.

Como prueba de esto ahí está Carúpano, la plaza comercial más importante del litoral de oriente, fundando una "Sociedad Colombina" para enaltecer y más honrar al Heros del Descubrimiento de la América. Sufraga los gastos para levantar estatua digna del caudillo de los humanos por Colón; supera todas las dificultades inherentes á empresas tales, vence todo obstáculo, y triunfa al fin.

La estatua cuya copia hoy reproducimos es obra de Leopoldo Morice, artífice del "Monumento de la República" erigido en París en la plaza del mismo nombre; es de bronce, mide 2½ metros de altura y representa á Colón saludando á la América en el sublime instante de su descubrimiento; al pié de ella nótese una esfera cubierta, con cartas geográficas de la época.

El esfuerzo de la Sociedad Colombina de Carúpano merece por entero nuestro aplauso, y no dudamos que el actual Gobierno, en atención á los merecimientos de dicha sociedad accederá benévolo á la justa petición de sus socios, quienes impetran la cooperación del Ejecutivo para dar feliz remate á obra tan meritoria. Es poco, muy poco lo que urge, y por si

nuestra voz merece ser oída, la empleamos con gusto en apoyar la honrada pretensión de los admiradores de Colón en la ciudad de Carúpano.

## Andrés Delgado Pardo

Aumentamos hoy la galería de artistas venezolanos que venimos formando desde la aparición de este periódico, con el retrato del joven Andrés Delgado Pardo, pianista de talento y reconocida habilidad, prendas que en él corren parejas con la muy señalada de ejemplar modestia.

## El Vapor Normandie

Este vapor de la Compañía General Trasatlántica francesa, es uno de los más grandes que han venido á Venezuela. Fué construído en 1882 con los planos de Audenet, Ingeniero de la marina francesa. Mide: 160 metros de largo, 15 de ancho; y metros 11,40 de alto, contados desde el combés hasta la quilla.

Esta hermosa nave tiene diez compartimientos formados por sólidos tabiques de hierro, que llaman tabiques de estanco porque limitan el agua en los casos de invasión; cuatro pisos: el puente superior y tres entrepuentes; y tres máquinas de vapor que desarrollan una fuerza de 6.600 caballos. Su marcha es de 29 á 30 kilómetros por hora, que es igual á la de un tren de ferrocarril semi-expreso.

Las máquinas dan impulso también á las otras que tiene el buque para la carga y descarga, las bombas, y los aparejos de maniobra.

El Normandie debe llegar á La Guaira, según el aviso de los agentes de la compañía, del 10 al 12 de mayo. Tiene el lujo y las comodidades de los modernos Hoteles de París.

Por lo demás, la vista interior del barco, que publicamos dará una idea más completa de los diferentes departamentos de uno de estos palacios flotantes.

## La ley del Talión

El sano corazón del honorable caballero señor Middleton no descansa en su plausible faena de salvar al caballo, ese noble bruto, compañero del hombre en sus trabajos y placeres, del horrible suplicio que representa el inícuo empleo del engallador ó falsa rienda.

En uno de los primeros números de EL COJO ILUSTRADO el señor Middleton nos obsequió con varios diseños que publicamos y que representaban el suplicio de ese animal y la descripción del aparato torturador; y hoy recibimos de sus manos el grabado que reproducimos y que como verán nuestros lectores es sátira sangrienta en defensa del caballo. Si nos damos á pensar en lo que ha de sufrir el auriga con el aditamento de arreo que propone la caricatura, y que sería compensación del malestar que apenas á la bestia, sacaremos siempre en conclusión que aun con tal aparejamiento el cochero no padece ni la mitad que el caballo, que además del engallador tiene que arrastrar el vehículo y soportar la tracción de las riendas.

Que sirva de correctivo, aunque sea en pequeña parte la publicación de este grabado.

## Flor campestre

El asunto es de suyo simpático y está tratado con gracia y habilidad. La muchacha tiene toda la frescura y belleza de las flores que se abren al aire libre, que beben á torrentes la luz del sol y se bañan en rocío. Todo en el cuadro de que hablamos respira naturalidad y sencillez, como que los artificios de la moda no han mistificado esa belleza que está como recién salida de las manos del Creador.

## Minas de petróleo y asfalto de Pedernales

Comenzamos hoy la publicación de algunas vistas de la Mina de petróleo y asfalto de Pedernales. La mina se encuentra en el Delta del Orinoco, á la orilla del caño de que toma el nombre y á una milla de distancia del mar. Ocupan una extensión considerable los depósitos de brea, sustancia ésta que contiene un 40 p 8 de asfalto, un 40 p 8 de aceite para máquinas ó combustible, y un 20 p 8 de asfalto.

Conocidas como son las aplicaciones del asfalto, sólo hablaremos del aceite combustible que como lo sabrán nuestros lectores por recientes publicaciones, ha sido ensayado ya con éxito muy lisonjero en la fábrica de hielo del señor Zuloaga. Este aceite además de la notable economía que ofrece su consumo, como combustible de máquinas de vapor, presenta las ventajas de poderse mantener la temperatura y por lo tanto la presión en un grado constante; de no requerir fogonero y de no producir humo ni ceniza. Se espera un nuevo cargamento y pronto quedarán regularizadas las remesas mensuales.

Publicaremos oportunamente otras vistas de los aparatos y oficinas de la empresa explotadora de estas minas.

## Baños de mar de Puerto Cabello

Progresá visiblemente éste que por sus condiciones especiales es considerado como el mejor puerto de la República. La vista que hoy reproducimos de los baños de mar revela el buen gusto que ha presidido en la construcción del edificio á ellos destinado. Es ésta pues una nueva obra que á su utilidad juntará el ser un ornato más para la población que ya posee algunas de indiscutible mérito.

## EL DOCTOR JOSÉ MANUEL DE LOS RÍOS

Casi no sería apetecible el dón de la vida sin la salud. Como es ésta el fundamento de toda nuestra actividad, estriba en ella la posibilidad de llevar á efecto nuestros propósitos y de realizar nuestras aspiraciones. Esto, sin contar con la ausencia del dolor físico, hace tan preciosa la salud, que casi podemos considerarla como compañera inseparable de la esperanza. De aquí lo difícil cuanto meritorio de la misión de aquel en cuyas manos, si así puede decirse, está y al propio tiempo no está la facultad de darla: tal es el médico.

La misión del médico es no solamente científica, sino también social, y por ello es doblemente difícil, é implica para su digno desempeño no sólo facultades especiales sino grandes virtudes.

Las ciencias médicas son tan variadas y tan vastas por su objeto, que no obstante sus rápidos adelantos, y á causa de las apremiantes exigencias de la salud humana, ofrecen con frecuencia problemas que la prudente sabiduría encuentra áridos y algunas veces insolubles. ¡Cuánta imparcialidad científica necesita en tales casos el médico! Y en general cuánta energía le impone la necesidad del estudio y de la observación, cuando para el primero no hay vagar, ni para la segunda sino falta de medios y sobra de obstáculos! Bajo el aspecto social ¡cuántas dificultades! ¡Cuán á menudo tiene que diagnosticar y tratar, tras el padecimiento físico, un sufrimiento moral! ¡Cómo le sorprenden situaciones conflictivas en la tribulación del hogar, que no existen para las otras profesiones científicas! ¡Cuánta serenidad de espíritu, y sobre todo cuánta grandeza de alma es menester para ejercer con la misión del alivio el ministerio del consuelo! Y como si todo esto no bastara, á qué vida tan austera está obligado el que, así como penetra en lo más íntimo del hogar, suele verse obligado á llegar también al sentimiento más delicado del corazón, al más callado secreto de la honra, al más delicado rubor de la pureza ó al proyecto más aleve de la infamia! En la sociedad es íntimo como la conciencia, y debe por consiguiente ser austero como la justicia, amable como la esperanza y discreto como la caridad. Su vida debe ser pura de vicios y su lengua de maledicciones. La grandeza de alma es en el médico casi una señal de vocación: la vanidad y la codicia son mezquindades opuestas á tan sublime profesión; la primera porque esteriliza el espíritu para la ciencia, la segunda porque convierte al consolador en verdugo, no siendo para el codicioso el dolor humano sino el crisol en que ávidamente vé fundirse el metal que le enriquece.

\*

No nos desvían las precedentes observaciones del rumbo que en estas líneas llevamos, pues tocamos en este momento nuestro objeto diciéndole que el Doctor José Manuel de los Ríos, uno de los personajes más notables de nuestro gremio médico, pertenece al no muy extenso grupo formado por los que entre nosotros pueden ser considerados como ejemplares en tan augusta profesión. La general simpatía y el universal respeto de que ha recibido pruebas frecuentes, ya públicas, ya privadas, han sido un tributo digno de sus virtudes. Sus trabajos científicos han sido numerosos con relación á lo habitual entre nosotros y á la desorganización con que nuestro país se niega á recoger la importante é ilustrada experimentación local de nuestros profesores.

El Doctor Ríos fué muy temprano y por largo tiempo médico en Jefe de los hospitales de Valencia, y luego del de Beneficencia de Caracas. La prensa médica ha recibido frecuente contribución de su pluma. En el comienzo de su carrera escribió, por comisión de la autoridad, una memoria sobre la fiebre amarilla y luego escribió también sobre las inhalaciones de yodo en



a tisis pulmonar y sobre la tos-ferina. Luego, que sepamos, escribió en Caracas en "El Americano," que redactó con el Doctor Jorge González Rodil, sobre Clínica en general, sobre Clínica venezolana, Clínica quirúrgica, sistemas médicos, fiebre tifóidea, hidrofobia, cosméticos, enfermedades peculiares de nuestro clima, y una memoria sobre las enfermedades de Caracas. En la "Unión Médica" de esta ciudad expuso graves observaciones suyas sobre la curación de un fibroma uterino de gran volumen por las inyecciones de ergotina y sobre nictalopia, las que fueron reproducidas en la prensa francesa. La Enciclopedia Médico-Farmacéutica de Barcelona de España reprodujo otro tratado suyo sobre erisipela y difteria. Ha publicado opúsculos sobre Elementos de Higiene, Fiebres, y unas conferencias Ginecológicas sobre las cuales hizo el Doctor Paul Rodet un honorífico juicio crítico en el Journal de Médecine de Paris.

Redactó recientemente un Código de Sanidad de Puertos, que es el vigente, y actualmente es redactor principal de la "Clínica de los Niños Pobres," órgano de una institución benéfica de asistencia médica á ellos, de la cual es director hace cuatro años, y en cuyo periódico ha publicado numerosos escritos, y especialmente ha recogido una serie de interesantes lecciones orales suyas sobre enfermedades de los niños.

En el discurso de orden que pronunció como Presidente de la Facultad Médica cuando, en las festividades del Centenario de Bolívar, se celebró el acto de inauguración de la estatua del eminente Doctor José Vargas, así como en otras muchas piezas oratorias, ha demostrado el Doctor Ríos, tanto sus altas dotes literarias como su genuino patriotismo; por él fué miembro y Presidente de la Junta Directiva del Centenario del General Páez, y ha aceptado designaciones que honran en su persona también á la patria, tales como el nombramiento de Presidente en la Sección Ginecológica del Congreso Pan Americano de los Estados Unidos, y Vicepresidente de la junta de organización permanente nombrada por el mismo cuerpo en Caracas.

Como una muestra de la gratitud pública para con tan generoso bienhechor, la respetable sociedad "Vínculo de Caridad" le discernió una medalla de oro y le hizo la significativa demostración de colocar en el salón de sus sesiones el retrato del que desde hace largos años le consagra sus servicios.

No han sido al Doctor Ríos desagradecidas las bellas letras, no obstante haberlas dejado del cultivo que en la juventud les prodigara, pues las halla siempre dóciles para dar á sus ideas un estilo severamente hermoso y sobriamente expresivo, que revela por el buen gusto, la naturaleza artística del autor. Como las letras, cultivó en un tiempo la música con felicísimo éxito; así lo hemos comprobado alguna vez que, en la intimidad del hogar, su complacencia nos ha denunciado al profesor.

Los hombres como el Doctor Ríos, por su conspicua posición y por sus sólidas virtudes, prestan á su patria el mayor de todos los servicios: el buen ejemplo.

JUAN DE DIOS MÉNDEZ, HIJO.

## RIGOR

En todas partes se miente.

Por eso en todas partes hay frases cuya significación literal difiere en mucho de la significación que les dá la práctica.

Hé aquí algunas:

- «El rigor de los papás.»
- «La majestad de la justicia.»
- «La severidad de las costumbres.»
- «Las leyes de la moral.»

Cuántas veces no ha sonado en los oídos de todo el mundo esta hermosa letanía!

Y á la verdad ¿cuál la inteligencia de toda ella?

Esta letanía es, pues, de todas partes, de todos los puntos de la tierra; es una letanía cosmopolita, y, como tal, parecida á los judíos: no tiene patria.

Porque, francamente ¿dónde es verdad alguno de estos versículos?

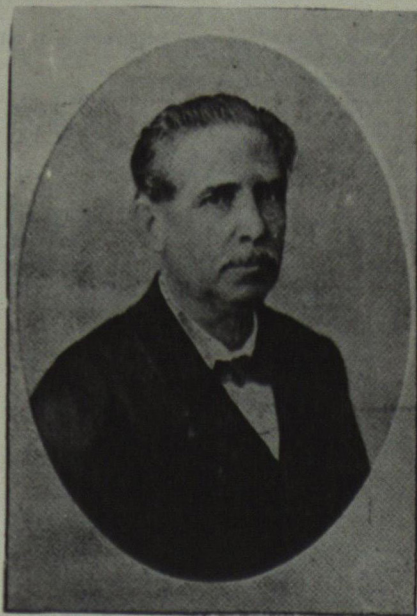
Si alguien oye hablar del rigor de los papás, puede llegar á creer que hay rigor en los del día.

Si se menciona la majestad de la justicia no faltará quien incline la frente, en señal de respeto, pensando que esa majestad es algo que puede parecerse á los atributos y á la grandeza de la divina omnipotencia.

La severidad de las costumbres hace surgir en la imaginación la idea del patriarcado.

Y cualquiera es capaz de imaginarse, al oír hablar de las leyes de la moral, que hay verdad práctica en alguna ley, fuera de las que establecen la contribución del ciudadano y fuera de las que rigen el mundo físico: las unas y las otras, inmutables.

Todo ello me parece mentira: creo que no hay tal rigor, ni tal justicia, ni tal severidad, ni tal moral.



DR. JOSÉ MANUEL DE LOS RÍOS

Cambemos, por entretenimiento, y sin propósito agresivo, la forma de los versículos y digamos:

- «Los papás del rigor.»
- «La justicia de la majestad.»
- «Las costumbres de la severidad.»
- «La moral de las leyes.»

¿Qué resulta de esta trasposición?

Resulta la verdad; resulta:

Que los papás hacen ostentación de mentido rigor en la educación de los hijos. Ellos no ven que la educación consiste principalmente en el ejemplo.

No olvida nunca el hombre los ejemplos que vió en su niñez; pero puede olvidar las máximas con que quisieron enriquecer su entendimiento.

Que la justicia es una cosa que pertenece, como suya, al que representa el papel de majestad en la comedia del mundo.

Que para mostrar rectitud de proceder, se acostumbra ciertos actos que son algo así como el oropel de las vestiduras teatrales.

Que las leyes tienen su moral y la moral sus leyes, las unas en colisión con las otras y todas, en perjuicio del prójimo.

Tratemos en primer término, de los papás; y para no ir muy lejos, en solicitud de tipo, permítaseme que me fije en el mío que fué, en mi concepto, el mejor de todos ellos, con perdón de usted.

Voló su alma, hace muchos años, al seno de Dios, en cuya presencia habrá encontrado el premio que demandaban sus virtudes, la recompensa que pedían las amarguras que en ancho copa le ofreció la injusticia de los hombres.

Dotado del don de gentes, fué siempre afable para con todos, amoroso para con su familia y riguroso y severo para conmigo.

La verdad sea dicha, razón tenía de sobra.

Por eso me trató siempre con rigor.

Pero necesario es decir que hay dos clases de rigor: el rigor teórico y el rigor práctico; la palabra es la expresión del uno; los hechos, la síntesis del otro.

Mi padre era partidario de este último.

Le soy deudor de grandes beneficios derivados de su rigor, y por ello bendigo su memoria. Bendígola también, porque su rigor lo indujo á alejarme de la universidad: no me hizo Doctor. Cuánto se lo agradezco! ¿Sabe usted lo que es pasar luengos años en un Instituto y salir luego con una borla, sin ser docto y sin saber siquiera latín? Supo muy bien mi padre lo que hizo: me ahorró una vergüenza.

Pero vamos al caso: decía yo que era partidario del rigor práctico.

La prueba al canto.

Fu! su tenedor de libros (allá, cuando él era tenido por persona). Un relacionado le enviaba cacao de Río Chico, en cambio de otros valores.

Muere súbitamente el relacionado, y mi padre me ordena que formule la correspondiente cuenta.

Algo difícil era, porque la cuenta era larga, y porque los libros andaban como Dios quería, ó, mejor dicho, como á mí me daba la gana.

Ello, no obstante, cumplí su orden, y la cuenta fué remitida á los herederos con una carta que me dictó mi padre (le gustaba dictar) en la cual, después de frases de condolencia, les decía:

«Incluso hallarán ustedes extracto de la cuenta que llevé con su señor padre: arroja á su favor un saldo de \$ 700 que, en un paquete sellado, remito á ustedes con el Capitán Gruning de la goleta María Félix. Sirvanse avisarme su conformidad ó reparos.»

A poco andar, vino la contestación de los herederos, la cual no era otra cosa que la aprobación absoluta de la cuenta y el recibo de la cantidad remesada: era, en fin, un finiquito en toda forma.

Corría el tiempo, entre tanto.

—¿Están con el día los libros?

—No señor!

—Pues á ponerlos en regla, sin más tardanza.

Y los puse con el día.

Pero es el caso que la cuenta del finado amigo arroja todavía \$ 700 más, á su favor.

—¿Cómo es eso? me dijo mi padre acomodándome un reglazo.

—Yo no me lo explico, le reguse, y todo lo que sé en este momento, es que este reglazo me parece un rigor demasiado práctico.

—Vamos á enmendar los yerros de usted (mi padre no me tuteaba sino en las ocasiones solemnes) vamos á hacer de nuevo esta cuenta que usted no ha sabido formular con exactitud.

Y hojeó el copiadore de cartas y el libro de cuentas—ventas y todos cuantos auxiliares hubo á mano.

Y sacó en limpio..... que yo había hecho una barbaridad, que faltaban cargos y abonos, lo cual daba por resultado los tales \$ 700 más, á favor del amigo muerto.

—Vamos á escribir! me dijo.

Y me apechugué al escritorio, listo á escribir lo que me dictara.

—Escriba usted!

—Escribo.

—«Muy señores míos:—dos puntos. (dos puntos) «Mi propio hijo» (ya está) «muchacho holgazán y descuidado».....

Le miré la cara, y me acomodó otro reglazo: —ponga usted (está puesto) «que es mi tene-dor de libros, hizo la cuenta anteriormente remitida, y en ella faltan cargos y abonos. (y abonos) Remito á ustedes la misma cuenta, reformada. (otro reglazo) y verán por ella que «todavía arroja á su favor \$ 700 que, en un paquete sellado, envío á ustedes con el Capitán Gruning de la goleta María Félix.» María Félix, dije yo, como lejano eco, sin poder ya contener las lágrimas.

Yo no podía explicármelas: no sabía si eran producidas por los reglazos con que, de vez en cuando me regalaba, ó si eran el efecto de la in-



tima satisfacción que yo sentía en presencia de aquel acto de rectitud, por medio del cual me señalaba el camino de la verdad y de la justicia.

Días de cama tuve á causa de los reglazos.

Y con todo eso, no son tres dioses.....

Otra prueba.

Mi padre quería que yo fuese á casa, como si dijéramos, á la hora de recogerse las gallinas: no le faltaba razón, pues apenas contaba yo diez y siete años.

Aquello era imposible.

¿Recogerme á las nueve, cuando yo era hombre de compromisos?

Sí, señor, yo tenía compromisos ineludibles: pasar á cierta hora, volver á pasar, mirar á una ventana y detenerme para dar una flor ó un billete.

Por otra parte, me gustaba echarla de hombre libre, de jugador de billar y de guapo y de matón y de necio.

Ah! Yo he sido necio toda mi vida, y no he podido ser otra cosa. Bien es verdad que este mal es incurable.

Tarde iba siempre á casa: mi pobre padre me aguardaba, lleno de ansiedad, envuelto en su bata y paseándose en el corredor. La escasa luz de la cansada lámpara le comunicaba cierto aspecto fantástico que infundía pavor en mi ánimo.

Y las más de las veces salía á mi encuentro el *araguaney*, hábilmente blandido por su mano.

Llegó una noche; venía de Macuto, en donde había estado hombreándose con fumadores y jugadores y bebedores: yo había procurado aventajar á estos.

No era muy temprano, que digamos, era, sobre poco más ó menos, la hora que precede á aquella en que las aves de los corrales salen del nido.

El rigor tomó aquella noche la forma teórica.

—Hijo del alma! me dijo mi padre ¿Cómo es posible que así nos llenes de inquietud y de zozobras, á tu madre y á mí, que ignoramos tu paradero? Inclinado estoy á creer que no nos tienes cariño. No parece sino que estás bajo la influencia.....(al decir influencia, sentí susto). No parece sino que estás bajo la influencia de algún hechizo que te aleja de casa. Estás familiarizado con los vicios: coles como un ganadero; juegas al billar á las horas en que deberías estar en el trabajo; andas haciendo el amor á todas las muchachas del barrio; te has hecho pendenciero..... y todo ello con peligro de tu vida..... Milagro que no bebes!.....

Sentí entonces un brinco en la conciencia.

—No más, le dije, prefiero el *araguaney*.

Y no lo hubo aquella noche, cuando más lo necesitaba, cuando era de *rigor*.....

Aquella sentida amonestación, forma del *rigor teórico*, produjo en mi ánimo mejor efecto que las razones del *araguaney*, forma del *rigor práctico*; más no por eso dejó de comprender que la lenidad es infructuosa en las naturalezas rebeldes.

Veamos ahora un ejemplo de rigor teórico, tomado de ajena cosecha.

Un padre muy severo tenía siempre en los labios la amonestación contra su hijo, que no era, á la verdad, santo varón.

Supo que á los vicios que le conocía, había agregado el de *jugar en los garitos*.

Pues! En los garitos! Eso es lo pernicioso. Lo malo del juego está en practicarle fuera de las reuniones de tono.

Se indignó y echó espuma de rabia por al boca. Mi hijo, jugador! qué vergüenza!

Ya se ve! Teníase el juego en aquellos tiempos como signo de corrupción. Pero los tiempos no son ya tan crudos. La civilización y el progreso le han dado á este entretenimiento, alto puesto entre las habilidades que complementan la educación de la juventud elegante.

Quiso el viejo convencerse por sus propios ojos, y fué al garito, y halló que el hijo *tallaba* de lo fino.

Eso no más me faltaba! exclamó al verlo, mi hijo aquí..... con las cartas en la mano!

Y vaciando los bolsillos, le arrojó sobre el tapete, en presencia de todos..... una veintena de onzas de oro: tome usted, le dijo con toda severidad, tome usted, para que no digan las malas lenguas que usted juega lo ajeno.

Y salió con paso grave, convencido de haber mostrado al hijo delincuente, toda la fuerza del rigor paterno.

Ahora bien!

Resulta como corolario de todo ello que el *rigor de los papás* (las excepciones confirman la regla) es un rigor mentido, y que lo que hay de verdad es que existen los *papás del rigor*, esto es, padres de familia, tenidos por rigurosos, que circunscriben la severidad á alguna palabra *entonada* y que cierran los ojos á los desmanes del hijo, manteniendo inmóvil el brazo que debería castigarlos.

Entre la una y la otra forma de la severidad ó del rigor, creo que el padre debe decidirse por aquella que resulte del estudio íntimo del carácter, del genio, de la índole, de la dignidad recordada del hijo.

La naturaleza dulce excluye todo rigor; la naturaleza altiva quiere rigor teórico; la naturaleza rebelde pide rigor práctico.

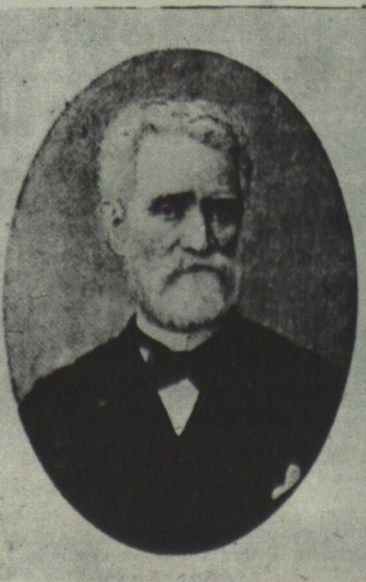
En esta última nunca está de más una paliza.

¿Cuántas omitió mi padre, que me están haciendo falta!

Veamos ahora el segundo versículo de la letanía: *la majestad de la justicia*.

Lo trataremos en otro artículo.

J. J. BRECA.



DON ANTONIO J. CARRANZA

Un mes hace que en avanzada edad bajó al sepulcro un venezolano bajo muchos conceptos honorable y digno de que se tribute á su grata memoria un recuerdo que signifique á un tiempo la gratitud del cuerpo social que de él recibiera servicios muy notorios y valiosos, y la justa estima en que sus conciudadanos han tenido los méritos del compatriota muerto, tan sincera y generalmente sentido. Hablamos del respetable señor don Antonio José Carranza, cuyo retrato aparece hoy en las páginas de EL COJO ILUSTRADO.

Unido tan estrechamente está el nombre del señor Carranza á la historia del arte en Venezuela, que, grave error y omisión inalicable cometería, quien, ocupándose en aquella importante materia dejase de poner en puesto de justicia al señor Carranza como uno de los más antiguos y esforzados apóstoles del arte, y más aún de poner en alto las notables facultades que para el arte poseía, facultades que, á haberse desarrollado en otro medio, le habrían llevado sin duda á puesto muy prominente para mayor gloria de esta tierra fecunda ya en ingenios que piden sólo estímulo para conquistarnos renombre singular.

Era el señor Carranza sólo adolescente cuando la sociedad de *Amigos del País* en que figuraban Vargas, Cagigal, Sanavria, los Tovares (Manuel Felipe y Domingo) y muchos otros preclaros ciudadanos, le nombró Director de la Academia de Pintura, fundada y sostenida por la misma sociedad, en atención á que era el más aventajado alumno del difunto Don Joaquín Sosa, primer Director de la Academia.

«Tan joven era Carranza para esa época, que la Junta Directiva, temerosa de la familiaridad y «ningún respeto que por él pudieran tener sus «compañeros los alumnos, nombró un vigilante «en la intención de asistir á la clase y prevenir «los abusos que pudieran ocurrir por tal motivo....

«Poco tiempo fué necesario al joven profesor «para inspirar en el ánimo de todos los alumnos «la más completa sumisión, así andaba de circunspecto en su conducta y de interesado en «el progreso de la Academia.» (\*)

De aquí en adelante la vida del señor Carranza fué toda de consagración al nobilísimo empeño de propagar el arte en Venezuela, consagración no desmentida hasta que su salud, quebrantada por incesante labor, obligó á abandonar el profesorado, con harta pena de quien amó tanto aquel augusto ejercicio que retratábase inefable complacencia en su semblante á la vista de alguno de sus discípulos, que lo fueron casi todos los que en el segundo tercio del siglo se dedicaron al estudio de la pintura entre nosotros.

Dió de sí el señor Carranza, como artista cuanto tenía y más hubiera dado y de muchísimo valor, si, como ya hemos dicho, sus facultades hubieran encontrado medio más adecuado al necesario desarrollo.

El retrato que del señor Carranza aparece hoy en este periódico es obra del mismo pintor, y de muy notable parecido.

Como ciudadano fué el señor Carranza hombre ejemplar, recto, patriota, con palabra que era prenda de oro, amigo fidelísimo, de carácter por extremo bondadoso, y en la sociedad perfecto caballero.

E. M. y M.

## SU ALCOBA

[Del libro *Acuarelas*]

Fatigada ya, su mano  
Sobre las teclas vagó,  
Y, soñolienta, arrancó  
El último acorde al piano.

Y como aroma que exhala  
Una flor, y al viento flota,  
Aquella postrera nota  
Queda vagando en la sala.

Y va la niña á su alcoba,  
Y rien visiones puras  
En las blancas colgaduras  
De su lecho de caoba.

Por el alto mirador  
Entran á la tibia estancia  
El rumor y la fragancia  
De los naranjos en flor.

Se ve al través del bosque  
Un astro que parpadea,  
Y la brisa cuchichea  
En las cortinas de encaje.

Y de un amor ideal,  
Memorias quizá adoradas,  
Hay flores secas, regadas  
En las mesas de nogal.

Entre esos ramos dispersos  
De festines olvidados  
Muestra sus cortes dorados  
Abierto un libro de versos.

Al fulgor azul y escaso  
Que la lámpara derrama  
Brillan cerca de la cama  
Sus zapatillas de raso.

Y finje la luz visiones,  
Visiones que sonrientes  
Se reclinan indolentes  
En los tallados sillones.

Y en la penumbra se ve,  
Bañado en tenue fulgor,  
Afuera del cobertor  
Su breve y rosado pie.

Todo yace en calma. Hermosa  
La luna su lumbrer riega,  
Y á besar el lecho llega  
Donde la virgen reposa.

¿Cómo su pecho se ensancha  
Ante esa luz de consuelo!  
Es la bendición del cielo  
Sobre esa frente sin mancha.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEG

1888.

(\*) Ensayos sobre el arte en Venezuela, por Ramón de la



## CORRESPONDENCIA

Señores Directores de EL COJO ILUSTRADO.

Muy estimados amigos.

Me parece estar oyendo ustedes culpar la ingratitud de mi silencio.

Pero no hay tal.

Recuerdo que al salir de la Patria querida para venir tan lejos, ofrecí á ustedes continuar mi colaboración en el *Semanario Ilustrado* con que gallardamente están probando al país que sí puede aclimatarse en él, y aún sin marchitar sus clásicas bellezas, una publicación literaria.

Debiera ya haber llevado á cumplimiento mi oferta sincera y si no lo he hecho, ha sido más por imposibilidad que por falta de voluntad.

Yo quería haber continuado mi colaboración en EL COJO, con escritos de costumbres, relacionando como era natural las de aquí con las de allá para ver que puntos de contacto moral podían existir entre el reconcentrado y flemático poblador de este viejo peñón del mar de La Atlántida, y el alegre y bullicioso habitador del paraíso americano.

Pero he aquí que me he recibido un fiasco grande, tan grande que he necesitado todo el tiempo este en que he venido pareciendo ingrato á ustedes, para salir de mi sorpresa. Al fin de fines, amigos míos he venido á coleccionar que no hay ni puede haber relación alguna entre las costumbres de los dos pueblos que tienen hoy que fijarse más en mi interés; el uno, por el afecto del alma, y el otro, por la gratitud del hospedaje.

Tomaré pues á mi cargo para complacer á ustedes y cumplir con mi palabra empeñada, no el escribir sobre costumbres, mucho menos el tomar el difícil y peligroso encargo de tildarlas ó aplaudirlas, sino el describir costumbres. Eso es mucho más inocente, y como lleva el sello de la verdad práctica es también mucho más respetable.

La responsabilidad del que cuenta no está en él sino en el cuento, y la responsabilidad del cuento, si hay alguna, está en el que lo *protagoniza*.

Yo me imagino estar en esa mi querida Caracas, y extendiendo mi sueño, veo llegar á mí una de esas caraqueñas que llevan la sonrisa de la placidez en los labios, y el fuego de la animación en los ojos, y preguntarme llena de curiosidad.

Oh díganos usted ¿cómo se celebra el carnaval por allá? Pues señorita de una manera muy original; no se celebra.

Y así es amigos míos, no se celebra. El carnaval pasa aquí como si tal cosa.

¿Saben ustedes cómo y cuando supe yo que había ya cargado el tiempo en este año, con la fiesta carnavalesca? . . . pues de una manera muy original.

Pasaba á la sazón el Miércoles de Ceniza por una pobre Iglesia Católica (y no es por impiedad que digo pobre sino porque aquí es la pobreza el sello del exiguo culto católico) y vi salir de ella una mujer con el signo de la ceniza, me sorprendí y pregunté: ¿qué es eso?

—Hoy es Miércoles de Ceniza.

—¿Y ha pasado el carnaval?

—Yes.

Así supe yo el tránsito de la fiesta carnavalesca. ¡Qué diferencia de costumbres! . . .

Tal vez sea Inglaterra el único país en que nadie se fije que hay una cosa que se llama carnaval.

En los Estados Unidos mismos, pueblo que representa en sí la más brillante gloria de la corona maternal de Inglaterra: el carnaval fué ruidoso.

Allá también y que lo fué según dicen los pocos periódicos que aquí he visto.

No es extraño, siempre lo es y hoy que el país está alimentado con la esperanza efectiva de paz y de instituciones ha debido haberse celebrado un carnaval insólito.

Cómo que marcha bien el país amigos míos?

Desde aquí lo estoy viendo y celebrando con toda el alma.

Se han sancionado entre otros dos decretos que me han llenado de satisfacción: el que se relaciona con la institución del *Colegio de Abogados*, y el que establece un *Ateneo*.

Eran dos necesidades públicas. Aquí en Europa no hay aldea por insignificante que aparezca en que no haya un *Ateneo*, y no se podría encontrar una ciudad medianamente civilizada en que no estén constituidos los *Abogados* en cuerpo militante ó en *Colegio de Abogados*.



ESTATUA DE COLON

que se erigirá en Carúpano (Venezuela) por la Sociedad Colombina

Ahora vendrá para el país como consecuencia del *Colegio*, el decreto de abogados y procuradores que no hay nación en el mundo que no lo tenga.

Vestá en razón: ¿no aparece como una contradicción manifiesta el que la ley exija á un joven para ser abogado una serie de años de estudio, y luego en la práctica pueda ejercer la profesión y enfrentarse á un abogado titular el pulpero de la esquina y el zapatero de la plaza?

Es un vacío monstruoso que ha habido hasta hoy en nuestra legislación, y que ¡Dios quiera que el actual Gobierno se anime á llenarlo!

Voy á finalizar, amigos míos este boceto de revista, dando cuenta á ustedes de una fiesta nueva para mí y que se celebró en esta ciudad á fines de la semana pasada, se llama en inglés *Cycle races* que quiere decir *carreras de velocípedos*.

Aquí ya es el velocípedo un elemento de locomoción tan usado como los carruajes y los trenes, ve usted por las calles á los *gentlemen* con la espalda encorvada sobre una ó dos ruedas dándole á la manigueta motriz con los pies, andar en muy poco tiempo, grandes distancias.

Pues bien la fiesta á que me refiero es donde se exhiben los velocípedos ó los velocipedistas con disfraces caprichosos.

Caminan toda la ciudad con carruajes adornados con banderas, grímpolas y luces. Las *aceras* se ponen atestadas de gente para ver pasar la procesión y detrás viene uno que recoge dinero entre la multitud, diz que en beneficio de los hospitales.

Es una especie de *carnavalito* que se celebra en la semana de *pasión* y lo gráfico de la diferencia está en que aquí se *recoge* y allá se *baila*.

Los *penikes* son aquí de imprescindible necesidad en toda cosa; sin *penikes* no se vive. Los *penikes* son la estufa de la vida social, sin ellos el frío atera los músculos y hiela el corazón.

Y esto no tiene nada de criticable en un pueblo profundamente práctico como el pueblo inglés y en que la poesía del sentimiento va descalza como los chicuelos en las calles.

Habrán visto ustedes por esta revista que me voy poniendo más *serio* de lo que yo era: pero ¿cómo nó? si aquí no hay nada que no sea serio: desde el idioma que es una cosa cuya seriedad raya en inmovilidad hasta el *Whiskey* que no arruga jamás el ceño sino en los espasmos.

Sin embargo para que no faltase algo al absolutismo de la seriedad inglesa hay una excepción y honrosa.

La mujer inglesa sonríe mucho, ¡y que graciosas son sus sonrisas!

Sólo una cosa las emula, sus caras: ¡y que lindas son las caras inglesas!

Pero ¡qué caras! por eso amigos directores lo mejor es privar y *good bye*.

D. VILLASMIL.

Liverpool: marzo 26 de 1893.

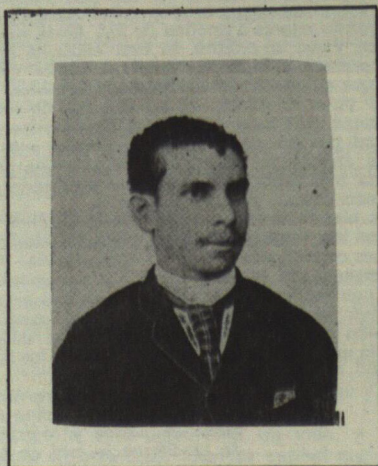
## A "EL REPUBLICANO"

Con placer sincero sirve EL COJO ILUSTRADO de órgano á la Empresa Industrial *El Cojo*, para manifestar al señor Director de *El Republicano* cuán profunda es su gratitud por los párrafos que en su número del 22 del corriente dedica á historiar dicha empresa y á aplaudir los esfuerzos de aquellos por cuyos trabajos ha llegado á la altura en que hoy se halla.

Esa voz de aplauso y encarecimiento servirá para alentar más y más las fuerzas de los obreros que hoy sienten pagadas sus faenas con el inapreciable premio de las palabras generosamente intencionadas del señor Director de *El Republicano*.

Las conservarán siempre agradecidos los dueños de la Empresa *El Cojo*.





ANDRÉS DELGADO PARDO

(Pianista caraqueño)

Publicamos hoy el retrato de este artista venezolano.

Al señalarlo á la atención pública cumplimos con el deber que nos hemos impuesto de estimular á todos los jóvenes que han tenido la fortuna de nacer con la inspiración del arte.

No venimos, pues, á hacer una biografía, del joven Delgado; nos limitamos sólo á dar ligeras referencias de su vida artística.

En el año de 1886 tomó parte Delgado en un concierto verificado en el Metropolitan Opera House de Nueva York y ejecutó la pieza titulada "Al Fresco" con tal maestría que fué objeto de una merecida ovación.

En el periódico titulado "La Propaganda Musical" de los Estados Unidos se dijo sobre este joven lo siguiente:

"Andrés Delgado, cultivando el talento que posee puede llegar á ser una notabilidad, pues, reúne todas las condiciones de un buen pianista; gusto exquisito, gran sentimiento, y admirable ejecución."

En "El Imparcial" de Pto. Rico, leemos:

"Es un pianista de empuje y muy hábil el Señor Delgado, tocó con gran propiedad (la Tarantela de Mosnkouski) por lo cual mereció gratísimos aplausos del auditorio; en la segunda parte mostró su destreza el pianista venezolano ejecutando hábilmente á mano izquierda sola, el andante final de *Lucía*."

No se envanezca el joven Delgado y siga su carrera de triunfos para satisfacción legítima de sus padres y gloria y renombre de la patria.

## MACUTO

PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORA DOÑA LUCÍA DE VALIENTE

Recostada del Avila altivo  
A la bella prolífica falda  
Que se viste de verde esmeralda,  
Y de flores de bello matiz;  
Se levanta del mar á la orilla  
Rodeada de frescos verjeles,  
Bajo palmas y altivos laureles  
De *Macuto* la aldea feliz.

De la cumbre entre peñas descende  
Deshaciéndose en perlas el río,  
Y su vago eternal murmurio  
Nos convida al tranquilo solaz.  
De los árboles forman las ramas  
Enlazadas, dosel de verdura,  
Y á su sombra y galana hermosura  
Goza el alma de plácida paz.

Allí cuelgan las aves su nido  
Respirando el olor de las flores,  
Y al lucir sus variados colores  
Nuestro oído regalan al par.  
Vuela el aura las alas batiendo  
Refrescando el calor de la siesta,  
Y su dulce concento de orquesta  
En las palmas se escucha sonar.

Mas, no hay nada que el alma extasíe  
Como ver á sus plantas tendido,  
Cual espejo de plata bruñido  
Que refleja los cielos, el mar.  
Vasta alfombra de záfiro bella  
Rodeada con fimbria de encaje,  
Panorama que al lindo paisaje  
Tono y luz y color viene á dar.

Cuando el sol al ocaso declina  
Y en desmayo su luz mustia arde,  
Y sus brazos le tiende la tarde  
Por sus besos de paz recibir;  
¡Cómo encanta vagar por la playa  
El rumor de las olas oyendo,  
Y mirar cual se van deshaciendo  
Sus espumas de plata y zafir!

Contemplar en el claro horizonte  
A manera de blanca paloma,  
De la nave la vela que asoma  
O el penacho que anuncia el vapor.  
O ya el pardo alcatraz que alza el vuelo  
Y cual flecha del cielo lanzada,  
Hace presa en la onda azulada  
Sin temer de la mar el furor.

O mirar, cómo el ángel divino  
Del crepúsculo bello decora,  
Los espacios del cielo, y colora  
Con la magia de regio pincel,  
Ya las nubes de púrpura y plata,  
Ya montañas de piedras preciosas,  
Y vergeles de lilas y rosas,  
Y festones de lirio y clavel.

El oído regala sabroso  
Escuchar en la noche callada,  
La canción amorosa acordada  
De sonora guitarra, al puntear.  
De los remos el són compasado,  
Del naulero el alegre silbido,  
Y del agua el medroso chasquido  
De la barca en el borde al chocar.

¡Oh! cuán bella la luna se ostenta  
En su carro de perlas y plata,  
Y del mar en las ondas retrata  
De su faz el nacaré fulgor.  
¡Cómo lucen allí las estrellas  
Entre nimbos de grana y topacio,  
Cual guirnalda que el célico espacio  
Ostentara de vario color!

Panorama tan bello completa  
La salida del sol en oriente,  
Pues se mira su disco esplendente  
Tras un bosque de palmas surgir.  
Y radiante, la luz derramando  
Va á torrentes la vida esparciendo,  
De esmeralda los montes vistiendo,  
Y los mares de plata y zafir.

A gozar los placeres del baño  
La caterva de Venus se apresta,  
Cual romeras que van á una fiesta  
En alegre consorcio de paz.  
Y entre perlas y limpios cristales  
Y de púdicos goces henchidas,  
Con los genios del mar confundidas  
Se recrean en grato solaz.

Tú de *Guaica Macuto* la cuna,  
Canastillo de frutas y flores  
Que pintó de variados colores  
El verano con regio pincel;  
Sé por siempre mansión deliciosa  
Del amor y la grata alegría;  
De ilusión y genial poesía  
El trasunto vivífico y fiel.

Al pedirme que en tu álbum escriba  
Donde vates de altivo renombre,  
Han cantado tu magia y tu nombre  
Y los timbres de tu alta virtud,  
El lugar donde se alza cual nido  
De torcaces, tu hogar hechicero,  
He querido cantar placentero  
Al sonar de mi ronco láud;

Pues él guarda los sueños de rosa  
Que constante acaricia tu mente,  
Cual reflejo de estrella nitente  
Donde ves tu pasado de amor.  
Tu presente feliz, porque eres  
Por tu esposo querido adorada,  
Y respiras la mirra quemada  
De amistad ofrecida en tu honor.

DOMINGO GARBÁN.

Macuto—1892.

## VARIEDADES

### ACADEMIA DE MONOS EN ÁFRICA

El Doctor Ricardo Garner acaba de publicar en la *New Review*, dos artículos muy interesantes por la novedad del asunto y curiosos por la originalidad de los detalles.

Comencemos por decir que el Doctor Garner es un verdadero Jankee; tenaz, calculador, inalterable, audaz; un fisiólogo y filólogo firmemente resuelto á escrutar y aun descubrir el terrible problema de los orígenes del lenguaje; y sin valerse para ello de las argucias filosóficas, sino única y exclusivamente de la observación de los hechos naturales, practicada en grande escala.

No hay que ver en él un jugador de manos, ni mucho menos un *alucinado*; sino al sabio de buena ley, al enemigo de toda preocupación y dogmatismo científico, que pone al servicio de una peligrosa empresa la fría imaginación de un Laplace, ó la audacia razonada de Bismark.

Según los resultados adquiridos en las primeras experiencias que practicó en los jardines zoológicos de Nueva York y Londres, el Doctor Garner cree que los monos poseen un idioma y todas las facultades ó aptitudes, que pasan por ser el privilegio del hombre, ó á lo menos aquellos gérmenes y disposición de donde podrían surgir los poderes y talentos del ser humano. Cree, pues, en la posibilidad de perfeccionar á los grandes antropoides así en su parte física como en su parte moral. Y eso que el Doctor Garner no es de los que afirman que el hombre descende del mono; averiguación ésta que él deja á otros sabios; pero no rehuye el afirmar que entre el mono y el hombre hay lazos naturales de parentesco.

Después de las experiencias ya citadas, el Doctor Garner ha marchado para los bosques del África ecuatorial, donde fundará próximamente una *academia de monos*, y una escuela experimental donde espera aprender la lengua de los antropoides, y hacerse comprender de ellos en el mismo idioma, el cual, si es cierto que se vé limitado en sus medios, es sin embargo suficiente para expresar las necesidades, emociones, y aun las pasiones de la raza simia. Por de contado que él no se dirigirá de pronto á los chimpancés y á los gorilas ni con palabras ni humana frase, pero sí lleva empeño de estudiar cuanto se pueda el idioma de nuestros antropológicos abuelos.

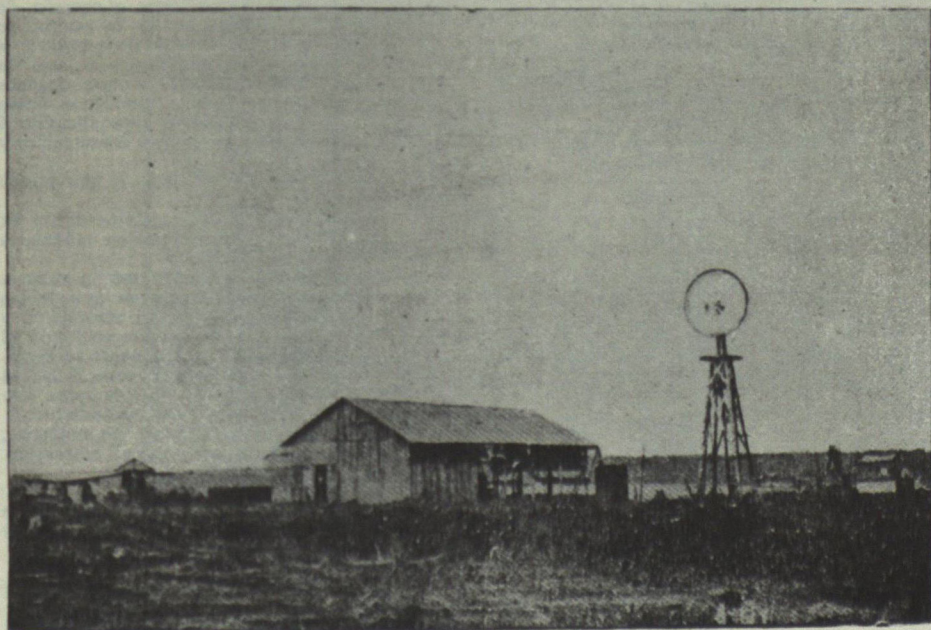
Al preparar su plan de campaña el Doctor Garner lo ha previsto todo para el buen éxito de su empresa: nada ha escapado á su sagacidad. Lleva consigo un completo arsenal de máquinas para hacer frente á lo imprevisto y arrostrar todos los peligros: instrumentos de óptica y de fotografía, fonógrafos y teléfonos de género particular, baterías eléctricas de extraordinaria potencia, armas ofensivas y defensivas de tipos especiales, etc. El experimentador irá provisto de una carta ó más bien de un discurso de introducción para el Inca, jefe del *Lualaba* el cual es una especie de mensaje fonográfico del viajero americano Glave quien está unido al Inca por la "paternidad de la sangre". El jefe africano reconocerá la voz de su amigo á través de los mares gracias al fonógrafo que también servirá para comparar las emisiones de voz de los niños negros, de los jóvenes chimpancés ó de los gorilas domesticados.

Los aparatos eléctricos están destinados á iluminar los juncuales durante la noche y á acabar con todo enemigo perjudicial; y por medio de una trampa automática todos los monos y demás animales quedarán fotografiados instantáneamente, sin saberlo y á conveniente distancia. Ingeniosos proyectiles, cargados de gotas de amoníaco ó de ácido prúsico y lanzados por fusiles ó arcabuces de nueva invención, permitirán al Doctor Garner bien paralizar ó matar con toda seguridad las bestias más temibles. En caso de ataque directo una batería eléctrica, que se lleva al rededor del brazo, lanzará sobre el adversario una descarga mortal. Pero sobre todo, lo que más llama la atención es la tienda de campaña, con resortes de acero Bessemer alquitranados: esta casa, verdadero Proteo, pues sirve para diversas combinaciones ó seccionamientos geomé-





PUEBLO DE PEDERNALES (Venezuela)



MOLINO DE VIENTO Y ALMACÉN (Minas de Petróleo y Asfalto de Pedernales)

tricos, se tornará en almacén, en habitación, laboratorio, ciudadela inabordable, según la voluntad del experimentador, y, por último, en un centro de correspondencias telegráficas ó telefónicas.

Una convicción profunda anima al Doctor Garner quien cree poder educar á los jóvenes chimpancés, y á los gorilas y obtener de ellos hasta los más completos sacrificios por él, así como que le sirvan además de gendarmes contra sus congéneres salvajes. Ya en posesión del secreto de su lenguaje, no desespera celebrar con ciertos antropoides algún tratado comercial al menos rudimentario. Los monos inferiores tienen nombres específicos para las cosas: los superiores deben de usar términos análogos. Como quiera que los primeros tienen todavía la facultad de adquirir nuevos sonidos articulados y de

asignarles un nuevo sentido, los segundos podrán hacer lo mismo. Si el hecho queda probado, la filología se apoyará sobre bases hasta ahora ignoradas.

En la primera serie de sus experimentos en América é Inglaterra, el doctor reconoció que los monos inferiores tienen los dones de la memoria, el pensamiento, las lágrimas y la risa, y facultades sensitivas y afectivas tales como el reconocimiento, la amistad y la apreciación de lo justo y de lo injusto, en el más alto grado, siendo de advertir que ellos experimentan las emociones lo mismo que los hombres. Una educación paciente, transmitida en una serie de generaciones simias, desarrollará sus facultades aún embrionarias: un orangután de cinco años de edad tiene el entendimiento de un niño de pocos meses. Los monos, según las observa-

ciones personales del Doctor Garner, son capaces, ó pueden llegar á serlo, de discernir los colores y las formas geométricas elementales, así como también los sonidos emitidos. No cree él sin embargo, que puedan llegar á artistas, músicos, arquitectos ó lingüistas consumados; mas si, tarde ó temprano, por el contacto del hombre y gracias á la influencia de las aptitudes hereditarias adquiridas, los grandes antropoides aprenden á distinguir las cifras árabes, luego las letras del alfabeto, y por último á trazar ciertas figuras geométricas, entonces tendremos la seguridad de que llevan en sí el germen de las más elevadas facultades; si así sucediese, la condición intelectual del mono sería de todo punto análoga á la del hombre primitivo.

## PENSAMIENTOS SUELTOS

(POR EL DR. J. M. NUÑEZ DE CÁCERES)

El mejor medio de corregir á los amantes es darles rienda suelta y la mejor parada casarlos.

Las cartas de los enamorados y sus juramentos de amor se asemejan á los periódicos de los políticos, á las promesas de sus candidatos y á las proclamas de sus jefes ó presidentes: ó no cumplen lo prometido, ó lo hacen al revés de lo que prometieron, y fué mentira todo lo escrito, lo prometido y lo proclamado.

El arma más terrible del calumniador es la ausencia del calumniado.

Un viejo enamorado se asemeja á un niño haciendo el papel de viejo.

Nada ama más el envidioso que la causa de su odio.

El altar es el cadalso donde los sacerdotes de Himeneo con fiestas y regocijos ahorcan al rapazuelo.

Más difícil le es á un rico ser enteramente pillo que á un pobre ser enteramente honrado.

La amistad entre un rico y un pobre es una farsa obligada que al fin pasa de difícil á importuna y de comprometida á imposible de sostener por más tiempo sin el carácter de baja adulación ó interesada servidumbre.

Nunca daríamos si de antemano supiéramos que nos iban á negar la gratitud ó por lo menos las gracias.

Hay también en el matrimonio sus días de fiestas de amor por aquello de que en conuco viejo nunca faltan patatas.

El amor de una vieja es ya menos que campana de palo, espejo de hojalata, ó caldo de caracoles en botella de barro.

Al amigo enriquecido, si somos pobres, hasta nuestros servicios estorban, hasta nuestros elogios fastidian.

Cuan triste es odiar á quien todos aman, ó amar á quien todos aborrecen!

En el amor se llora para obtener: en el matrimonio se obtiene para llorar.

Con frecuencia sucede que somos tenazmente fieles con aquellos que nos son inconcebiblemente desleales é inconsecuentes, y viceversa.

La rosa del amor puede convertirse por el matrimonio en una hermosa dalia, pero sin el perfume de aquella.

Nada más triste que ponerse bajo la dirección de un pícaro ó tener que complacerle.

La pobreza tiene mayores inconvenientes, y más perjudiciales tropiezos que la deshonra.

En los duelos lloran los hombres por buen parecer, y las mujeres por parecer bien.

Por qué ponen tanto afán en desacreditar á Dios los que no creen en él?

Precisamente cuando uno no tiene necesidad de los amigos es que tiene la casa llena de ellos.

No hay ningún género de parto, sin su género de dolor.

Por qué no esperar algo de Dios, ya que nada alcanzamos del hombre?

Siempre se considera como una pérdida tener que favorecer á un amigo sin la esperanza de una recíproca cualquiera.

El amor es un jardín ideal de flores naturales que se convierten en el matrimonio en flores fingidas.

El amor soltero se alimenta de flores y el amor casado se harta de frutos.



## MUSICA ESPAÑOLA

A LAS STAS. EMMA Y MARIA TERESA SUCRE Y PEREZ DONALEN

El amor es el patriarca de la juventud y el tirano de la vejez: de los pobres es el diablo estafermo.

La indignación que produce en los hombres la noticia de que una mujer codiciada ha sucumbido á un libertino, no es compasión á la desgracia de aquella sino envidia á la fortuna de éste.

No es tener cien virtudes, ciento treinta honradeces, doscientas santidades, mil buenos sentimientos y como otros tantos méritos del mismo jaez; sino tener, cien mil, ó ciento treinta mil, doscientos ó cuatrocientos mil pesos lo que vale ó hace valer en el mercado humano.

No son de hierro sino de oro las llaves de las puertas del cielo.

No se puede seguir teniendo amistad sincera con aquellos que aman ó simplemente tratan á nuestros enemigos.

El amor es el nimen de los poetas, la materia prima del novelista, el amigo de los enamorados, el compañero de los cortejos, el ayo de los tímidos, el lacayo de los libertinos, el payaso de los viejos, la mula de silla de los ricos, el esclavo de los poderosos, el ángel de los amantes y el delator de los casados.

Un viejo marido podrá comunicar á su joven esposa amor y placeres, así como el mudo puede comunicar á los otros sus sentimientos é ideas por señas y morisquetas.

No sé que sea más de admirar si lo que hace el dinero ó lo que hace la pobreza.

La Historia es una vieja sempiterna que marcha constantemente á su juventud.

Más sabe resistir una mujer que ama que una mujer que desea.

Tan imposible es adular de valde como amar sin interés.

Más disculpable es el ser cínico que ser hipócrita.

La Inquisición no sirve sino para España; mejor dicho; España no sirve sino para la Inquisición.

La humanidad es un desierto de vestiglos vergonzantes, de malandrines á lo Don Quijote, de follones á lo Judas, de santos á lo Barrabás, ó á lo Dínas, y de héroes á lo Camalón, en que las virtudes son raros oasis, moradas de uno que otro peregrino hambriento que se llama hombre de mérito, ó solitario anacoreta que se llama hombre honrado.

Es muy frecuente perder las ilusiones que nos había inspirado una persona, al descubrir en ella defectos que precisamente son notables en nosotros mismos.

Cuando Ulises decía á su hijo Telémaco: "que los dioses te hagan desaparecer de la superficie de la tierra, si algún día has de faltar á la verdad" estaba diciéndolo un gran embustero.

El libertino se conduce como animal con todas las mujeres, el enamorado se siente simplemente un hombre: el amante se cree un ángel.

Quedará completamente probado que puede haber felicidad sin dinero, el día que haya pobres que no deseen ser ricos, y ricos que quieran ser pobres.

La esperanza tiene tanto ascendiente sobre nuestros deseos como el temor sobre nuestras esperanzas.

La esperanza es con frecuencia una ironía del destino: es un sarcasmo con que el verdugo martiza á su víctima.

Hay almas como el corcho que se resisten al lustre.

Con frecuencia cuesta más caro probar una virtud que dar un mal ejemplo.

Si Dios se diera á conocer á los hombres á los pocos años le harían la revolución.

Si es verdad que nadie, ni el más perfecto, puede vanagloriarse de no haber sido alguna vez despreciado, no lo es menos que hasta los más despreciables han sido con frecuencia objetos de alguna alabanza ó á precio de álguien.

Con frecuencia nos hemos á solas condenado á nosotros mismos con más severidad, exactitud y justicia que todo el público.

La mayor parte de los vicios y virtudes no han sido pesados con exactitud.

No nos contentaríamos con nuestros méritos y virtudes si pasasen desapercibidos.

La candidez de nuestra presunción, la sinceridad de nuestros juicios y la buena fe de nuestra conciencia, aunque engañada, son casi siempre la causa de nuestro orgullo ó vanidad, porque es también casi siempre de buena fe que creemos en nuestro mérito.

La soga revienta por lo más delgado, y el amor por lo más grueso.

Nunca podemos triunfar del amor sino después que nos ha vencido.

Es la música española  
Según yo acierto á explicar,  
Cual la triste barcarola  
Que va entonando la ola  
Allá en lo inmenso del mar.

Mugir del viento en la almena  
Del coronado castillo;  
El gemir de la cadena  
Que va arrastrando con pena  
El portalón del rastrillo.

La estridente algarabía  
De los cántabros guerreros,  
Mezclada con la armonía  
Del gorjeo de los jilgueros  
Entre la arboleda umbría.

Es algo así como el ruido  
Y el fragor de la batalla,  
Donde percibe el oído  
Romperse la dura malla  
Al revolcarse el vencido.

Crugir de lanza en la cuja,  
Férrea armadura que chillaba,  
Es el gineke que empuja  
Y á su contrario arrebujaba  
Y hace caer de la silla.

Es el triste suspirar,  
El quejumbroso cantar  
De la guzla de Boabdil,  
Que repite el murmurar  
De las aguas del Genil.

La pobre lamentación  
De una raza ya proscrita,  
Es la reivindicación  
De la cristiana oración  
En la morisca mezquita.

Es . . . poesía, colores,  
Conjunto de aromas mil,  
Es el cántico de amores  
De los pardos ruseñores  
En las mañanas de abril.

Es murmullo arrobador,  
La dulce endecha de amor  
Que ante la ojival ventana,  
Dedica á la castellana  
El laúd del trovador.

Es la triste malagueña  
En que la queja sencilla  
Ablandaría una Peña,  
Es el jaleo de Sevilla,  
Es el polo, es la rondeña.

Es el sortizco sentido  
Del éuskar montañés,  
Es una alborada, es  
Ese canto bendecido  
Del invicto aragonés.

Es patriótica canción  
Grito de venganza y guerra,  
Es el ¡ay! de indignación  
Que lanzó la hispana tierra  
Al peso de la invasión.

Es la vibrante corneta  
Que la vanguardia sujeta  
Y que, dejándose oír,  
Nos dice: ¡a la bayoneta!  
¡Españoles, á morir!

Es quien hace en la pelea  
No volver la cara atrás,  
Aunque se piense en la idea  
De la mujer, y la aldea  
Que ya no han de verse más.

Y es, en mi pobre opinión,  
Opinión que tengo en calma  
Sin cegarme la pasión,  
Nuestra música, es el alma  
De nuestra propia nación.

Y en fin, para terminar,  
Sólo una cosa, una sola  
Que no me puedo explicar,  
¡Quien quiera verme llorar  
Toque música española!

C. SÁNCHEZ-ARÉVALO.

Caracas: abril de 1893.

## MIGUEL

(POR EL CONDE LEÓN TOLSTOY)

## Conclusión

## IV

Se quedó, y dijo á Semán:

—Si fuera un hombre de bien, no se pasearía, desnudo, sin una camisa siquiera en el cuerpo; si estuviese allí por cosa buena, hace mucho tiempo que me hubieras dicho dónde has encontrado á este mocete.

—Precisamente, voy á decirte. Cádate que voy tranquilo por mi camino; delante de la capilla veo echado al pié de la pared á este hombre, desnudo como un niño que acaba de nacer; el frío le había dejado yerto; con el tiempo que hace no es nada bueno estar fuera de casita, sin ropa puesta encima. Dios es quien me condujo á su presencia; sin mí no estaría vivo. ¿Qué tenía yo que hacer? ¡Piénsalo bien! Nadie sabe lo que puede ocurrirle en el mundo. No vacilé, reparti con él mis vestiduras, y le dije que se viniese conmigo. Así, pues, Matrena, sosiega tu corazón un poco salvaje, y cuida de no pecar; acuérdate de que hemos de morir.

El espíritu del mal dominaba aún á Matrena: echó al extranjero una mirada llena de repulsión y permaneció silenciosa.

En cuanto al huésped desconocido, continuaba sin pestañear, medio sentado en la orilla del banco, cruzadas las manos sobre las rodillas y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Tenía los ojos constantemente cerrados. Su frente estaba velada por una tétrica melancolía y parecía oprimírsele la respiración.

Matrena continuaba sin responder.

Semán la interpeló de nuevo.

—Pero, Matrena, ¿te ha dejado de su mano Dios?

Estas palabras vibraron con extrañío son en los oídos de Matrena, quien lanzó una nueva mirada al extranjero y sintió descargársele el corazón de un peso inmenso. Abandonando la puerta, se acercó á la estufa, sacó la comida de la tarde y la puso delante de ambos hombres; trajo la jarra de cerveza (*kvass*), poniéndola en la mesa después de llenarla hasta el borde; puso también el único pan que le quedaba; y, con voz tranquila, dijo á sus huéspedes, colocando ante ellos los cuchillos y las cucharas:

—Pues, bien, comed; he ahí todo lo que puedo ofreceros.

—Vamos, mi joven amigo, regálale—dijo á su vez Semán, después de cortar el pan en rebanadas y de empapar la sopa.

Y las cucharas iban y venían por la cazuela común. Matrena, de codos en una de las esquinas de la mesa, no apartaba los ojos del extranjero; y apoderóse de ella la lástima; y conmovióse el corazón. Las facciones del desconocido se iluminaron con un rayo de alegría, reapareció en su frente la serenidad; levantando los ojos hacia Matrena, viósele una sonrisa llena de dulcedumbre.

Terminada la comida y alzados los manteles, Matrena se puso á hacer preguntas al extranjero.

—¿Quién eres?—comenzó.

—Aquí no me conocen.

—Pero, ¿cómo te has encontrado en el camino de nuestra aldea? ¿Quién te ha despojado de esta suerte?

—Dios me castiga.

—¿Con qué de veras estabas desnudo delante de la capilla?

—Sí, es verdad; helaba, el frío me había entumecido ya; entonces me ha visto Semán y ha tenido lástima de mí: se ha quitado el caftán para cubrirme con él. Y, lo mismo que Semán, tú también te has apiadado de mi miseria y me has dado con qué calmar mi sed y mi hambre. ¡Recompénsese Dios con la felicidad eterna!

Matrena se fué á descolgar de la ventana una camisa vieja, aquella misma que acababa de remendar; encontró también un par de calzones viejos, y todo ello se lo dió al extranjero, diciéndole:

—Toma, hermano, ponte esto; no puedes estar sin camisa. Ahora elige el sitio que te convenga para pasar la noche; puedes tomar el sobradillo ó el rincón del hogar.

El extranjero se acostó en el camaranchón después de haber devuelto el caftán. Matrena, por su parte, mató la luz y se acostó junto á su marido, cubriéndose pobremente con la mitad del caftán. Pensando en el huésped misterioso, no se pudo dormir. Cuando se decía que el último pan estaba comido y no había ya para mañana, que había dado hasta la camisa y los calzones de su marido, su corazón se contraía dolorosamente; pero entonces volvía á ver la sonrisa tan dulce y tan afectuosa, que había contestado á sus beneficios, y al punto una explosión de júbilo disipaba en ella todo vestigio de amargura.

Largo tiempo permaneció así despierta, notando





LA LEY DEL TALIÓN — (Dedicado á los Cocheros)

que tampoco dormía Semán, porque tiraba del cañán y se lo echaba él todo encima de sí.

—¡Semán!—le dijo ella al cabo.

—¿Qué hay?

—Hemos comido el último resto de pan, y no he puesto ningún otro al horno. ¿Qué vamos á hacer mañana? ¿Habrá que pedirlo prestado á la vecina Malojá?

—Con tal de que tengamos vida, encontraremos que comer.

Esta contestación hizo callarse á Matrena, quien, sin embargo, continuó un momento después:

—Ya se ve que ese hombre no es ningún malvado. Entonces, ¿por qué no quiere darse á conocer?

—¿Qué sé yo! Sin duda, porque se lo han prohibido.

—Oye, pues, Semán.

—¿El qué?

—Nosotros estamos dispuestos á dar siempre... ¿Por qué á nosotros nunca nos da nadie nada?

Semán no sabía qué responder, y refunfuñó:

—Bastante hemos charlado ya. Durmamos.

Y volviéndose al otro lado se quedó dormido con un sueño profundo.

## V

A la mañana siguiente se despertó más tarde que de costumbre. Los niños dormían aún. Matrena había ido á casa de la vecina en busca de su pequeño préstamo. El extranjero estaba ya sentado en el banco, vestido con las calzas viejas y la camisa remendada. Una tranquila serenidad irradiaba de sus facciones, y sus miradas elevábanse al cielo.

Semán le dijo, acercándose á él:

—Hermano, hablemos un poco. No se puede vivir sin comer ni beber, y el cuerpo requiere ir vestido. El hombre debe ganarse el pan. ¿Sabes trabajar?

—No sé nada.

A Semán le dió un sobresalto; pero reportándose dijo:

—Bien. Basta con que tomes gusto al trabajo; el hombre puede aprenderlo todo.

—Trabajaré como vosotros.

—¿Cómo hay que llamarte?

—Miguel.

—Basta; no pregunto ninguna otra cosa, puesto

que no puedes decir nada más. Pues bien, mi querido Miguel, aplícate, sigue mis consejos y aquí no te faltará ninguna cosa.

—¡Dios te bendiga! Ahora, habla y obedezco.

El zapatero tomó su ovillo de hilo encerado y se puso á retorcer la hebra entre los dedos:

—Mira—dijo—esto no es difícil.

Miguel ponía en ello toda su atención, luego ensayaba á su vez; triunfó de esta prueba con un buen éxito completo. Semán continuó iniciándole gradualmente en todos los secretos del oficio. El aprendiz daba muestras de habilidad y de inteligencia, y no hacía más que regocijarse á su maestro. Por difícil que fuese la obra, salía de sus manos limpia y bien hecha. Al tercer día, Miguel trabajaba ya como un obrero; hubiérase dicho que en toda su vida no había hecho otra cosa. No perdía un minuto, comía con moderación y no salía jamás. Cuando tenía ratos de vagar, permanecía silencioso, con los ojos constantemente fijos en el cielo; ninguna palabra inútil, ninguna burla salía de su boca. No se reía nunca. No se le había visto sonreír más que una vez, el día de su llegada, cuando Matrena le sirvió de cenar.



## VI

Yendo así las cosas, días tras días, semanas tras semanas, transcurrió bien pronto un año. El maestro Semán tenía ahora un hábil obrero, capaz de trabajar mejor y con más solidez que otro cualquiera; todo el mundo elogiaba su obra, los parroquianos acudían de todas partes, y al fin reinaba el bienestar en la morada del pobre zapatero de viejo. Un día, en el riñón del invierno, detúvose ante la puerta un trineo tirado por tres veloces caballos. Semán y su compañero se asomaron a la ventana, interrumpiendo el trabajo respectivo. Un elegante lacayo saltó con presteza del pescante y abrió la portezuela. Apeóse un personaje de porte distinguido, envuelto en pieles, quien se dirigió a la puerta y subió la escalera. Matrena habíase precipitado al portal y tenía abierta de par en par la puerta.

El personaje se inclinó ante el dintel, bajo en demasía, y penetró en la estancia. Era de una estatura más que regular, y en poco estuvo que al entrar no diese con la cabeza en el techo. Su aire majestuoso contrastaba con la modesta pieza, que parecía demasiado pequeña para él.

Semán, que se había levantado con premura, hizo una profunda reverencia, todo confuso al ver á ese gran señor; su pobre techo jamás había cobijado á un personaje semejante. ¡Qué contraste! Por un lado, Semán con la tez curtida y el rostro arrugado, Miguel con su pálida y demacrada faz, Matrena cuya rugosa piel se estira sobre los huesos; por otra parte, un coloso de pingüe cara encendida, con un pescuezo de toro, hirviendo todo el hombre como si fuese fundición, en una palabra, un ser con aspecto de venir de otro mundo.

El personaje respiró ruidosamente, se quitó el abrigo de pieles, y después de sentarse, preguntó: —¿Quién es aquí el amo?

—Yo soy, mi Señoría—respondió Semán, adelantándose.

El caballero se volvió entonces hacia su lacayo, y le dijo:

—Fedka, vete á buscar el rollo de cuero.

Apresuróse á salir el lacayo, y bien pronto regresó con un rollo, entregándosele á su amo. Este lo puso encima de la mesa.

—Ábrelo—ordenó de nuevo.

Cuando quedó hecho así, el caballero, apoyando la mano en el cuero, interpeló á Semán:

—¡Escucha ahora, zapatero y maestro de obra prima! ¿Ves este cuero?

—Lo veo, mi Señoría—tartamudeó Semán, tan confundido, que apenas podía hablar.

—¡Lo ves! Pero, ¿sabes tú lo que es esta mercancía?

Semán palpó el cuero, y dijo:

—Es una magnífica mercancía.

—¡Magnífica! Ya lo creo, pardiez; tan magnífica, que un zapatero como tú en su vida ha visto cosa parecida. ¿Sabes que esto es cuero alemán, y que cuesta veinte rublos?

El corazón le dió un vuelco á Semán, quien apenas pudo balbucear:

—¿Dónde se encontraría aquí nada parecido?

—Eso mismo digo yo. Ahora, escúchame bien. Quiero que con esta piel me hagan un par de botas, pero necesito una obra maestra. ¿Te encargarás tú de este trabajo?

—Me encargaré de él, mi Señoría.

El caballero apostrofó con violencia á Semán.

—Pronto dices que te encargarás; pero, ¿sabes para quién trabajas? ¿Y conoces el precio de este género?

Quiero unas botas que me duren puestas un año, sin torcerse, ni desgastarse una pizca, sin desgarradura de ninguna clase. Si te crees capaz de hacerlo bien, corta mi precioso rollo, te lo confío; pero si no estás seguro, no te encargues de la cosa, pues te prevengo que al menor pliegue, al más pequeño desgarrar, á la más mínima avería que se produzca en un año, te hago zampar en la cárcel sin piedad. Por el contrario, si me satisface la obra, tu salario será un rublo en plata.

Semán había perdido todo su aplomo, no se atrevía á responder, é interrogaba con la vista al compañero Miguel. Como éste permaneciese indiferente, Semán le dió con el codo, diciendo en voz baja:

—¿Debo aceptar?

Miguel hizo un movimiento de cabeza, que significaba.

—Toma el trabajo, puedes hacerlo.

Con este consejo, aceptó Semán y prometió unas botas que se conservaran intactas durante un año. Después de lo cual, llamando al lacayo, el caballero se hizo descalzar el pié izquierdo y alargó la pierna al maestro de obra prima, para que le tomase las medidas.

Semán cogió unas tiritas de papel, las reunió cosiéndolas por los cabos, y esto formó una medida de unos diez *werschok*, alisándola cuidadosamente con la mano; luego, poniendo rodilla en tierra, comenzó la operación, pero secándose antes las manos con el delantal, de miedo á ensuciarle las medias al caballero.

Midió la planta y después la garganta del pié. La pantorrilla era un verdadero pilar; la tira resultó corta para abarcarla en redondo.

—Cuida de no hacerme las cañas demasiado estrechas—exclamó el caballero.

Semán apresuróse á coser otra tira; al paso que el extranjero, sentado con indolencia, miraba las caras á los estantes en la habitación; y mientras sus dedos gordos ejecutaban una danza dentro de las medias, sus ojos fueron á fijarse en Miguel.

—¿Quién es este?—preguntó.—¿Tu aprendiz, sin duda?

—Dígnese dispensarme V. S.; este joven es ya un maestro, y él es quien hará las botas de V. S.

—Ten cuidado, joven. Ya has oído; quiero unas botas que permanezcan nuevas durante un año entero.

Semán habíase interrumpido para dirigirse también á Miguel, pero este se ocupaba poco del caballero; miraba con rara insistencia al rincón del cuarto, como si alguna cosa le llamase la atención detrás del extranjero. Miraba y remiraba, hasta que de pronto una sonrisa iluminó su rostro; pareció transfigurarse.

—¿Qué quiere decir esto, necio presumido? ¿Qué tienes tú que fisgar? Piensa más bien en esmerarte en la obra que vas á hacer y en concluir á tiempo mis botas.

—Estarán dispuestas á la hora en que vengan á pedirías—respondió sencillamente Miguel.

—Así lo mando yo.

El caballero se dejó calzar, envolvióse en su abrigo de pieles y se dirigió á la puerta; al salir se le olvidó bajarse, y fué á chocar violentamente contra el dintel. El noble personaje echó sapos y culebras de lo lindo, mientras se frotaba la frente y corría á su trineo, que partió al galope.

Semán exhaló un suspiro de alivio, y dijo:

—¡Vaya un hombre de hierro! Un mazo no le derribaría; su cabeza ha hecho temblar la techumbre, y apenas parece haber sentido el golpe que se ha llevado.

Matrena también quiso echar su cuarto á espadas.

—Gentes que tienen todo cuato quieren—dijo—no tiene nada de particular que sean fuertes y robustas. Pero, no importa; la muerte los deshará como á los demás.

## VII

Al cabo de un momento, Semán dijo á Miguel:

—Bueno, ya tenemos la obra. ¡Con tal de que no nos ocurra un fracaso! El cuero es de lo más caro, su dueño, un hombre áspero, un desgarrón en seguida se hace. Ahora, á tí te toca mostrar lo que puedes hacer. Tienes un ojo más certero que yo, tus manos son más hábiles que las mías. Te dejo; corta el cuero; yo coseré las piezas.

Miguel extendió sobre la mesa el precioso rollo, sin contestar, y tijera en mano se puso á cortar el cuero. Mientras alejábase Semán, se acercó su mujer, curiosa por lo que iba á ocurrir. Por supuestos que desde mucho tiempo atrás era sabedora de cómo se procedía, pero aquella vez no pudo dar crédito á sus propios ojos. Contra todas las reglas, Miguel cortaba la pieza en una serie de rodanas; la pobre Matrena estaba enteramente trastornada; sin embargo, no se atrevía á intervenir por temor á meterse en una cosa de que no entendía. «Sin duda, no habrá comprendido, decíase; dejemos obrar á Miguel, pues entiendo de esto más que yo.» El obrero se puso en seguida á coser las piezas, pero siempre al contrario de lo usual; parecía hacer unos zapatos destinados á llevarse sin medias, como los que se ponen á los muertos. Matrena se asombraba cada vez más, pero se callaba, sin embargo, mientras que Miguel seguía cose que cose.

Pasó la tarde; al regresar Semán, se encontró con que el cuero de su Señoría estaba transformado en un par de zapatos de muerto.

El pobre hombre juntó las manos, y exclamó:

—¡Santo Dios! En un año que lleva conmigo, el joven no ha hecho jamás el menor desaguisado; y de pronto habrá de causarme un perjuicio tan grande! Zapatos flexibles, en lugar de las botas altas que encargó el caballero. ¡Y la magnífica piel estropeada, perdida! ¿Dónde encontrar ahora otra semejante? ¿Y qué voy á decirle al caballero? ¿En qué has estado pensando, Miguel, pobre amigo mío? Esto es clavarme un puñal en el pecho. Te encargan unas botas, y tú...

Iba á reventar, pero en ese momento estremecieron la puerta redoblados golpes.

Asomáronse todos á la ventana. Un jinete acababa de apearse ante la casa y estaba atando el caballo. Corrieron á su encuentro y conocieron al lacayo del caballero.

—Buenas tardes—dijo.

—Buenas tardes. ¿Qué se te ofrece?

—Vengo de parte de mi graciosa señora. Es con motivo de las botas.

—Pues, ¿de qué se trata?

—Mi señor ya no las necesita; ya no es de este mundo.

—¿Qué dices?

—La mismísima verdad. Al dejaros, ya no debía volver vivo á su casa; la muerte le sorprendió en el camino. Cuando llegamos al castillo, salto del pescante, abro la portezuela, pero no se me nea, como si fuese una piedra; su cara estaba pálida, el cuerpo rígido. ¡Dios, qué trabajo nos costó sacarlo del trineo! Por eso mi graciosa señora me envía á ti con esta orden:

«Vete á decir al zapatero que tu señor, el que le ha encargado botas dejándole un rollo de cuero raro, está en la eternidad; dile que ya no son necesarias las botas, y que haga con el cuero un par de zapatos flexibles para calzar los piés al difunto. Puedes aguardar y traerle los zapatos. Anda y date prisa.»

Entonces Miguel recogió los recortes de cuero, aplastó uno contra otro los dos zapatos de muerto luego de darles el último golpe con la punta del mandil, y después, haciendo con todo ello un paquete, se lo entregó al vivaracho mensajero, quien partió, dirigiéndoles este saludo:

—¡Adiós, buenas gentes! Que haya suerte!

## VIII

Transcurrieron un año y otro, hasta llegar á seis, y Miguel continuaba viviendo en casa del maestro Semán. Las cosas seguían por su carril ordinario. El hábil obrero trabajaba sin descanso, no abandonaba nunca la tiendecilla, jamás salía de su boca una palabra inútil, sólo le habían visto reír dos veces: la primera cuando Matrena le había servido de cenar; la segunda vez cuando el caballero había encargado las botas. Semán tenía con él continuos motivos para estar satisfecho; nunca había vuelto á plantear la cuestión de su origen. Sólo tenía saber una cosa: que un día ú otro se marchase de allí Miguel.

Un día, toda la familia estaba en el cuartito, la mujer de su casa preparaba la comida, los niños saltaban encima de los bancos, echando á veces una mirada curiosa á la calle; Semán y Miguel, sentados cada cual delante de su ventana, ocupábanse en golpear un par de tacones. Uno de los muchachuelos llegó corriendo por el banco hasta Miguel, y apoyándose en el hombro de éste, exclamó mirando á la calle:

—Tío Miguel, fíjate un poco en la mujer del comerciante que viene también á casa y trae dos niñas pequeñas; mira cómo cojea una de ellas.

Apenas fueron pronunciadas estas palabras, cuando Miguel, dejando su trabajo, se inclinó rápidamente hacia la ventana y dirigió á la calle una mirada de extraña fijeza.

Semán se asombró muchísimo. Su oficial nunca se había preocupado por lo que pasaba fuera, y cátese que de pronto parecía como magnetizado ante la vidriera. Miró Semán, y vió que, en efecto, se acercaba una mujer dando la mano á dos niñas pequeñas; la señora iba muy bien puesta y sus niñitas vestidas la una como la otra, con abrigo de pieles y una elegante pañoleta alrededor del cuello; se parecían tanto, que no se las hubiese distinguido sin la invalidez que hacía cojear á una de ellas. La señora subió la escalera y entró en la habitación, introduciendo primero á las dos criaturas.

—Buenos días, buenas gentes—dijo saludando. —Servidor de Ud., señora. Pase Ud., se lo ruego—respondió Semán.

Sentóse la señora delante de la mesa, mientras que las dos pequeñas se arrimaban á ella, un poco asustadas en medio de esas caras desconocidas.

—Quisiera que me hiciesen un par de zapatos á mis niñas, para Año nuevo.

—Es muy fácil, señora. Verdad es que aún no hemos calzado unas piés tan chiquitos; pero, á pesar de eso, puede hacerse la cosa. ¿Desea Ud. zapatos ó botinas con vueltas? Aquí tiene Ud. á mi oficial, que en todo es un maestro.

Y Semán se volvió hacia Miguel; pero éste no había vuelto á tomar su obra, sino que continuaba fijando los ojos en las dos niñitas. No cabe duda de que eran unas criaturas entantadoras, de hermosos ojos negros, mejilla: redondas y sonrosadas, y además estaban muy bien con sus abrigos de pieles; pero todo eso no explicaba aquella contemplación de Miguel, quien las miraba como si hubiese vuelto á ver antiguas conocidas.

Sin embargo, Semán guardó para sí su asombro, y continuó hablando con la señora. Conviniéronse en el precio, después de lo cual el maestro Semán buscó las tiritas de papel y se puso á ajustarlas para tomar medidas. La señora sentó en sus rodillas á la niña cojita, diciéndole á Semán:

—Para ésta habrá que tomar dos medidas, y hacer un zapato para el pié torcido y tres para el otro. Las dos tienen el mismo pié: son gemelas.

Cuando Semán llegó al pié tullido, preguntó:

—¿De qué le procede este defecto? ¿Una niña tan hechicera! ¿Es quizá de nacimiento?

—Precisamente, no. Su madre le deformó el pié al darla á luz.

La curiosa Matrena no dejó de acercarse, necesitaba saberlo todo: quién era la señora, quiénes las niñas y cómo es que las tenía consigo.



—¿De modo que no eres su madre?—dijo muy asombrada.

—Ni madre, ni pariente de ellas, querida mía; entre nosotras no hay ningún vínculo de sangre, son mis hijas adoptivas.

—¡Conque no eres su madre y, sin embargo, tienes tanto afecto y cuidado para con ellas!

—¡Cómo no he de amarlas! Las he amamantado á mis pechos. Yo también tenía un hijo; Dios me lo ha llevado, pero no era mayor mi ternura por él que por estas dos.

Pero ¿de quién eran aquellas criaturas?

## IX

Una vez entablada la conversación entre aquellas dos mujeres, la madre adoptiva hizo el siguiente relato:

—Si no estoy equivocada, hace seis años, día por día, que sucedió la cosa. Estas pobres pequeñas perdieron á la vez padre y madre en una misma semana. El martes enterraron al padre, la madre murió el viernes. Cuando vinieron al mundo, llevaban ya tres días siendo huérfanas del primero; no debían tener madre ni un solo día, habitaba yo entonces en la aldea con mi marido, y vivíamos puerta con puerta. El esposo era un misántropo, trabajaba en los bosques; un día, al derribar un árbol, cayó éste en falso y le aplastó. Expiró mientras le llevaban á su casa. Tres días después, su mujer daba á luz dos gemelos, que eran estos angelitos.

La desdichada estaba sola en su casa, con su desventura y en la mayor miseria; parió sola y falleció. Cuando al día siguiente fui á verla, estaba rígida y helada. Entre las convulsiones de la agonia, la pobre madre habíase vuelto hacia una de las criaturitas y la había aplastado el pie. Quedó estropeada de resultas.

Corrí á llamar á los vecinos; reuniéronse en torno de la muerta, lavaron el cadáver, se le vistió y hubo que ir por un ataúd; los vecinos eran todos buenas gentes, pagaron á escote y procedieron en seguida al enterramiento.

¡Quedaban las dos recién nacidas! ¿Qué hacer? Yo era la única que estaba criando (á mi único hijo, que tenía ocho semanas). A mí me correspondía hacerme cargo al principio. Luego, habiéndose consultado unos á otros los vecinos detenidamente, me dijeron:—María, encárgate aún un poco de las dos criaturitas, mientras vemos lo que es preciso hacer. Lo primero que hice fué dar teta á la niña sana, pues la otra parecía que no iba á poder vivir y yo quería abandonarla. Sin embargo, dictábame el corazón en silencio: «¿Y por qué no había también de vivir este ángel?» Me dió lástima; puse al pecho la niña delicada, vivió y tuve así tres niños á quienes dar de mamar. Era yo joven y robusta, nada me faltaba, y el misericordioso Dios hizo abundar la leche en mis pechos: Mientras daba teta á dos, el tercero aguardaba su turno.

Más tarde me envié Dios una terrible prueba. Mientras criaba yo los hijos de otra persona, juzgó conveniente arrebatarle el mío. El pobre ángel entraba en el segundo año. Después no he vuelto á tener más. La prosperidad reinaba en la casa, después hemos venido á establecernos cerca de aquí; dirigimos un molino por cuenta de otro, ganamos un buen salario, y llevamos una vida holgada. No teniendo ya á nuestro hijo, ¿qué existencia sería la nuestra sin estos dos pequeños querubines! ¡Santo Dios! ¿Cómo no he de amar á estas prendas? ¡Son toda mi vida!

Y la buena mujer, presa ya de una gran emoción, estrechó con transportes de cariño á la inválida niña contra su corazón, enjugándose con la mano que le quedaba libre una lágrima que humedecía sus ojos.

Matrena suspiró muy pensativa, exclamando:

—Dice bien el proverbio: «Sin padre ni madre puede prolongarse la vida pero no se puede vivir sin Dios.»

Aún hablaban las dos mujeres entre sí, cuando de pronto llenóse de brillante claridad la pequeña habitación. Ambas se miraron sorprendidas. La irradiación partía del lado de Miguel; éste mismo hallábase como transfigurado; con las manos juntas sobre las rodillas, miraba al cielo y se sonreía.

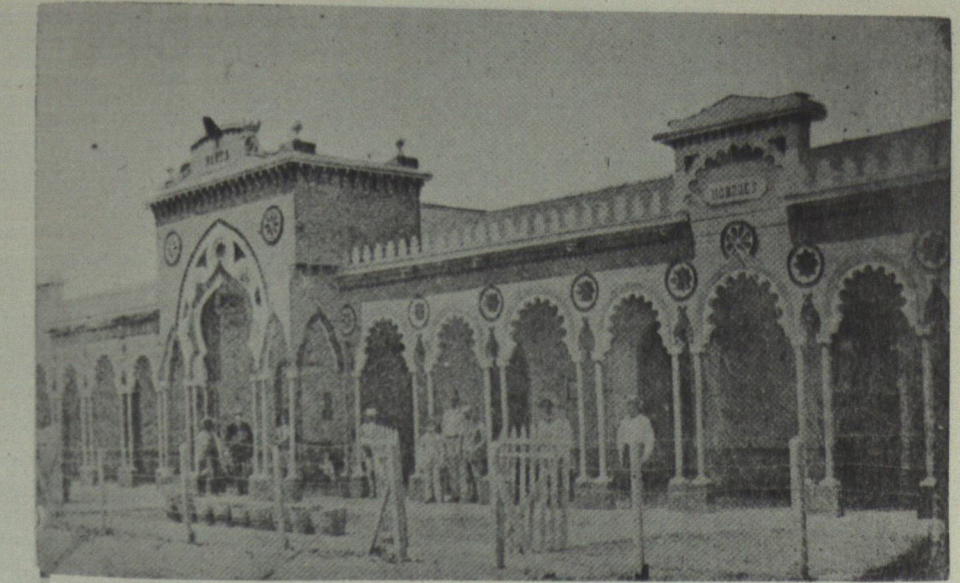
La señora se había retirado, llevando consigo á sus dos niñas. Miguel, de pie, había dejado su trabajo. Se quitó el mandil, y luego, inclinándose profundamente, dijo á sus huéspedes:

—Mis queridos bienhechores, ahora dejadme ir en paz, Dios me ha perdonado; perdonadme también vosotros.

Y toda su persona resplandecía con un fulgor cada vez más intenso á los ojos de sus asombrados huéspedes.

Semán respondió, inclinándose con profunda veneración:

—Miguel, veo que no eres lo que los demás hombres; no puedo, por tanto, retenerte, y tampoco me atrevo á pedirte que me reveles lo que es un misterio. Pero, á lo menos, ¿no pudieras explicarme una cosa? Por qué, cuando aquí te



EDIFICIO DE LOS BAÑOS DE MAR (Puerto Cabello — Venezuela)

traje, tu rostro, tan triste, se iluminó de pronto al servir la mesa mi mujer? Por qué tuviste una sonrisa aún más radiante cuando el caballero estaba aquí sentado? ¿Y por qué, en fin, esta tercera sonrisa y este resplandor maravilloso en presencia de la señora y de las niñas que acaban de marcharse? Miguel, dinos, dinos, ¿qué es este nimbo que te envuelve y por qué te has sonreído tres veces?

—Sí, Dios me ha perdonado; mi penitencia ha concluido, y eso es lo que devuelve á mi cuerpo su esplendor. Cada una de mis sonrisas era una sonrisa de gozo, porque cada vez oía una palabra de Dios, y á la tercera tenía que acabarse mi penitencia. Cuando se despertó la caridad dentro del alma de tu mujer en presencia de mi necesidad, oí la primera palabra y viste mi primera sonrisa. Cuando el caballero encargó unas botas que no había de llevar, escuché la segunda palabra y me sonreí otra vez. Ultimamente, las niñas me han hecho oír la tercera y última palabra, y he sonreído por tercera vez.

Semán replicó:—Dinos, Miguel, ¿cuáles son esas palabras y por qué te ha castigado Dios?

—Dios me ha castigado porque no he cumplido su voluntad. Me había hecho ángel del cielo y me he sublevado contra El. Sí: yo era un ángel, y Dios me envió á la tierra para recoger el alma de una mujer. Encontré á una infeliz criatura en una horrible miseria, dando á luz dos hijos gemelos, dos niñas. Ambas criaturillas buscaban el seno de su madre, y ésta no tenía fuerzas ya ni siquiera para acercárselas; entonces me vi á su lado, y temblé, presintiendo por qué me había enviado Dios. «Ángel divino—me dijo ella derramando lágrimas—acaban de dar tierra á mi marido; un árbol lo ha muerto al caer; no tengo hermanas, ni madre, á nadie; ¿quién cuidará, pues, de mis pobres hijitas? Ten compasión; dame tiempo, te lo suplico, para que á lo menos pueda criarlas. ¿Qué sería de ellas sin padre ni madre?...» Tuve lástima, y dejé la madre á sus recién nacidas. Puse una de ellas en su brazo y la otra contra su seno. Subiéndome al cielo, me presenté ante el trono de Dios, diciendo: «No he podido tomar el alma de la nueva madre; su marido ha muerto en el bosque, se queda sola con unos gemelos que acaban de nacer, y dice que esas criaturas no podrían vivir sin ella. Me ha rogado que la dé tiempo para criarlas; me dió lástima de ella, y no he podido resolverme á quitarle su alma...» Entonces Dios Nuestro Señor me ordenó de nuevo: «Anda, te digo, toma el alma de esa madre y oírás estas tres palabras: Lo que hay en el corazón del hombre, lo que el hombre no puede conocer, lo que guarda la vida del hombre. Cuando las hayas oído y comprendas su significado, podrás volver á entrar en el cielo.»

Entonces las pobres niñas desprendiéronse de los pechos que las criaban, la madre se desplomó pesadamente sobre una de ellas y su cadáver, echado encima de la criaturilla, hizo torcerse su pobre piecicito. Eché á volar con el alma de la muerta; pero un borrellino me rompió las alas, y caí junto á la aldea; mientras el alma remontábase sola hasta Dios!

## X

Semán y Matrena lloraban de espanto y de gozo, al ver quién era aquel que habían acogido y abrigado seis años bajo su techo. El ángel continuó: «Abandonado por Dios, hallábame enteramente desnudo en el camino. Yo no tenía ninguna idea sobre la condición de los hombres, y necesitaba convertirme en uno de ellos para sufrir sus miserias y aprender á conocer el hambre y el frío.

«Hambriento y aterido, no sabía valarme en esa necesidad apremiante. Entonces se me apareció á lo lejos en el campo una capilla consagrada á Dios. Me acerqué y pretendí buscar allá un abrigo; pero estaba cerrada, y me agaché al pie del muro para resguardarme del viento. Era noche cerrada, el suelo estaba helado, pensé que iba á morir... cuando vino un hombre por el camino. Tenía familia, necesitaba pensar en el comer y el vestir de los suyos, y esto era para él suficiente cuidado. De seguro que éste no podía socorrerme. Cuando me vió, entenebrecióse su semblante y me dió miedo; se apresuró á continuar su camino. Iba á apoderarse de mí la desesperación, cuando de pronto el pasajero volvió pies atrás; volví á ver sus facciones, y ya no era el mismo hombre. Antes había visto la espantosa muerte en su rostro; á la sazón, había en él vida y luz. ¡Reconocí la imagen de Dios!

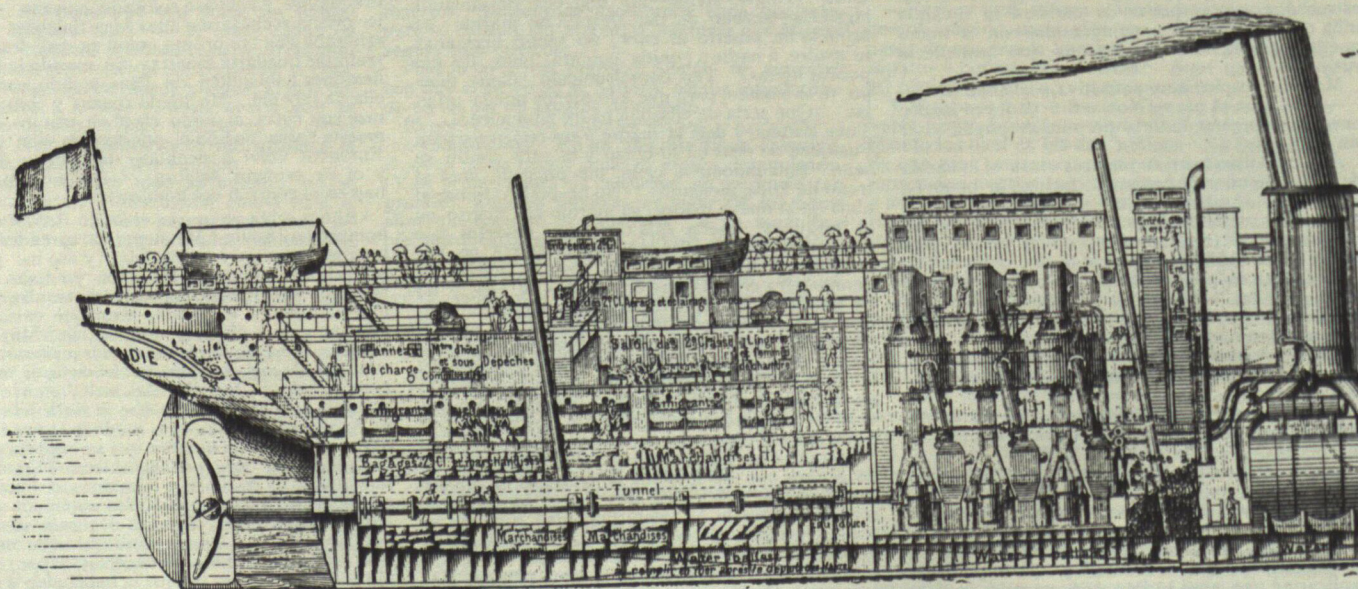
«Adelantóse hacia mí, se despojó de sus propios vestidos para cubrirme con ellos, y me llevó consigo. Entramos en su casa, una mujer nos recibió en los umbrales; su rostro era aún más horrible que el primero de su marido; el espíritu de la muerte salía de su boca,apestaba á muerte y podredumbre, y sentíase sofocado con eso. La mujer quería rechazarme á las frías tinieblas, y yo no ignoraba que tan pronto como su mal designio se realizase quedaría muerta. Su marido la hizo reflexiones hablándola de Dios, y todo cambió en ella de repente. Me dió de cenar; y como me mirase con hieja, al punto clavé en ella los ojos: la muerte había cedido el puesto á la vida y la luz. Entonces volví á reconocer la imagen de Dios, y oí su primera palabra: «¡Aprenderás lo que hay en el corazón del hombre!»

«Ahora sabía yo que en el fondo del corazón del hombre hay amor. Me alegré de aprender una de las cosas que me eran ocultas, ¡y eso me produjo mi primera sonrisa! Habitaba yo bajo vuestro techo; y cuando hubo transcurrido un año, presenté un hombre exigiendo botas que calzaran un año entero sus pies, sin desgastarse. Miré á ese hombre, y hé aquí que detrás de sus hombros estaba uno de mis compañeros del cielo, el ángel del amor. Sólo yo le veía, sin poder equivocarme; así supe que antes de la noche el alma del caballero comparecería á juicio, y meditando en ello me dije: «He aquí un hombre que se inquieta porque un calzado le dure un año entero, é ignora que hoy mismo ha de morir. Por tanto, el hombre no puede decir de antemano cuáles serán las necesidades de su cuerpo. Esta es seguramente la segunda palabra de Dios: «Sabrás lo que no le ha sido dado al hombre conocer: ¡lo por venir!» Me sonreía entonces porque la había oído y porque volvía á ver á uno de mis compañeros del cielo.

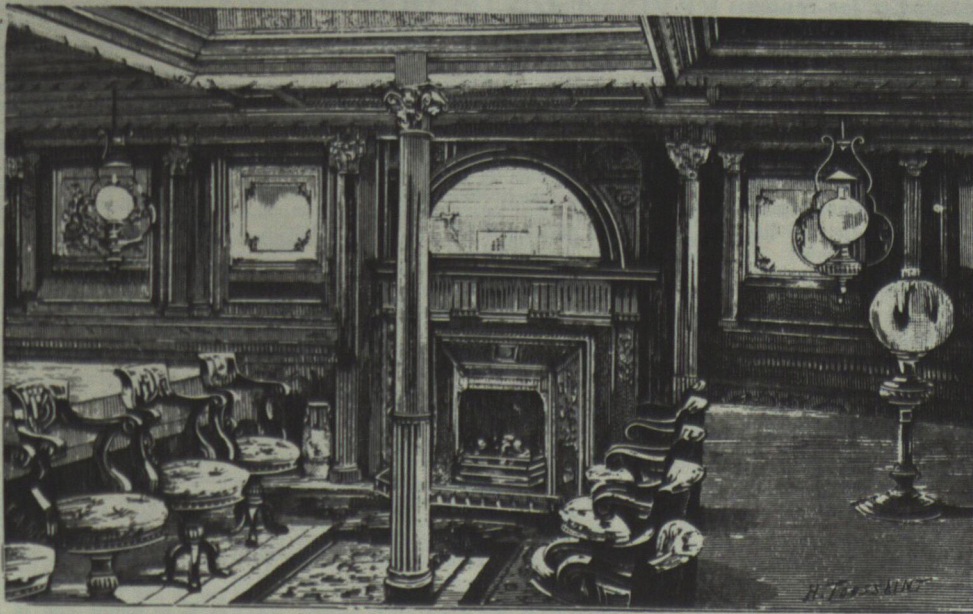




VAPOR NORMANDIE DE LA COMPAÑIA GENERAL TRASATLÁNTICA







COMEDOR DEL VAPOR NORMANDIE

«Aguardé con paciencia en medio de vosotros á que Dios me revelase su tercera y última palabra. Al fin, después de seis años, la buena mujer ha venido aquí, y en sus querubines reconocí al momento las dos gemelas de la muerta; y reflexionando siempre, me he dicho:—Tanto has suplicando que no les fuese arrebatada su madre, creyendo que sin padre ni madre no podrían vivir, que vino una mujer extraña, las crió y se las llevó á su casa para educarlas...—Y cuando la buena mujer estrechaba contra su corazón á esos hijos ajenos, derramando lágrimas de amor, reconocí en ella al mismo Dios vivo; he visto lo que guarda la vida de los hombres, he oído la tercera y última palabra, y he comprendido que Dios me había perdonado.

«He aquí lo que produjo mi tercera sonrisa.»

## XI

Entonces el ángel se envolvió en una luz tan espléndida, que no podía soportarse la vista de él; y una voz celestial hizo oír sus palabras:

«Ahora sé que la vida no se conserva por los

cuidados ni por las inquietudes del hombre, sino por el amor.

«La madre moribunda no sabía como sus hijas conservarían la vida. El rico señor ignoraba lo que necesitaría una hora después, y ningún mortal sabe si á la tarde llevará puesto el calzado de los vivos ó si calzarán su cadáver con el de los muertos.

«He debido la conservación de mi vida, no á mis cuidados y á mis inquietudes, sino á la caridad de un hombre y una mujer, que han acogido y alimentado al infeliz encontrado en el camino; conmoviéronse al ver mi miseria y me dieron su amor.

«Las dos huerfanitas viven, no por los cuidados que se les han prodigado, sino por el amor que una extraña sentía en su corazón. Lo que sostiene la vida no son las preocupaciones de los hombres, sino la chispa divina, el amor que reside dentro de su corazón.

«He advertido que el cuidado de vivir atormenta mucho á los hombres de corta vista; pero una

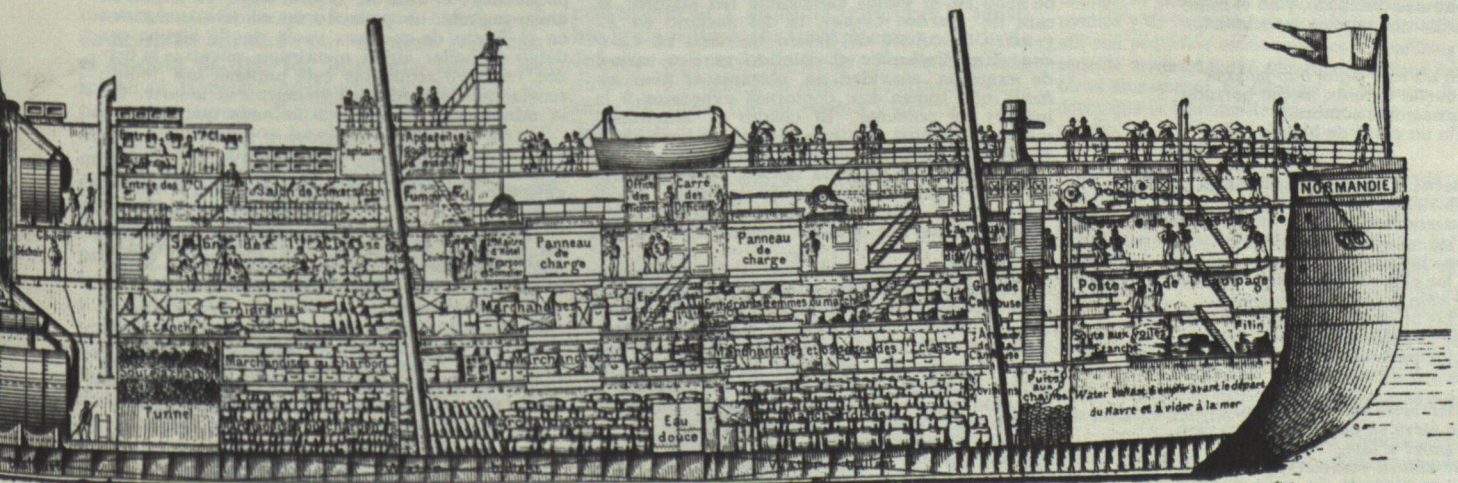
sola cosa sostiene la vida, y es el amor. Y el que perdura en el amor habita en Dios y Dios en él, porque Dios es amor.»

Entonces el ángel entonó un cántico de alabanzas, y el sonido de su voz hizo temblar hasta en sus cimientos la casa de Semán. Entreabrióse el techo, y una columna de fuego ascendió de la tierra al cielo. Semán y su familia se desplomaron sin conocimiento y permanecieron prosternados en el polvo, en tanto que el ángel, desplegando sus nuevas alas, voló majestuosamente al empíreo.

Cuando Semán volvió en sí, nada había cambiado en su estancia, donde no se hallaban más que sus deudos.

## FLORES Y MUJERES

Hé aquí el objeto de la vida. Unas y otras reflejan poesía, y constituyen, por decirlo así, los polos sobre que descansa el mundo del amor.





Los más hermosos cuadros y los cantos más bellos que han salido de la paleta del pintor y de la lira del poeta, han recibido la vida en esa fuente siempre inagotable de inspiración y de ternura.

Son hermanas inseparables, destinadas por la naturaleza á llenarlo todo con sus aromas y encantos.

¿Quién no admira á esas hijas predilectas del alma, que doquiera llevan las puras emanaciones del sentimiento?

¿Quién no las rinde el culto que merecen por la majestad de su hermosura, y la variedad de sus formas?

Contempladlas de cerca, y recibiréis el bautizo de una nueva vida; la vida del ideal, á que ellas dan forma en las notas del pentágono, ó en las páginas del libro: en los suspiros de la inocencia ó en la plegaria de las vírgenes: en las líneas de la estatuaría ó en las creaciones del pincel.

Suprimidlas, y habréis deshojado el árbol de las ilusiones.

¿Cuáles atractivos harían entonces agradable la existencia?

¿En qué fuente saciaría el espíritu su sed incesante de amor y de esperanza?

Oh! vosotros, los que sentís la nostalgia del hastío: los que habéis hecho de la duda santuario para vuestros sentimientos: los que habéis helado vuestros corazones con el cierzo de las realidades: los que confiáis á las frialdades del cálculo todos los atributos del alma; volved la vista á las mujeres y las flores, para que os sintáis regenerados.

Amadlas, y veréis cómo á su delicado contacto, renacen vuestros muertos ideales, y se os presentan atrayentes y seductores los horizontes de la vida!

MANUEL C. CORREA.

Caracas—1893.

## SU CORSÉ

Corrido el cortinaje,  
Desde el balcón de enfrente ví su cuarto,  
—El nido de la alondra que mi sueño  
Arrulla en las mañanas con su canto.—

Jarrones de Sajonia descansaban  
Sobre consolas de bruñido mármol;  
Y del sol que moría  
Los postreros rayos  
Hacían resaltar en la penumbra  
Las doradas molduras de los cuadros,  
Las lámparas de bronce,  
Los ricos muebles de nogal tallado,  
Las cortinas del lecho, y en el muro  
Los brillantes espejos venecianos.

Y en un rojo sillón que parecía  
A su dueña esperar, medio borrado  
Por la naciente sombra  
Se veía un corsé de blanco raso.

Y pensé entonces en las frentes pálidas,  
Y en los risueños labios,  
En los azules ojos  
Y en los cabellos áureos,  
En las cinturas breves  
Y en los ebúrneos brazos,  
En el velo flotante de las novias  
Y de las niñas en los sueños castos,  
En las vírgenes carnes sonrosadas  
Y en los púdicos senos de alabastro.

Quién fuera su corsé, me dije entonces,  
Quién fuera su corsé de blanco raso.  
Para saber si late,  
Si late aún su corazón ingrato.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

1891.

## REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

### LOS CUADROS DE ARTURO MICHELENA

Anda tan mal traído el arte entre nosotros, que apenas si con motivo de un acontecimiento de la magnitud del que pronto ha de efectuarse en Chicago, vemos aquí algo que tenga visos de exposición de pintura, si no por la abundancia, al menos por la calidad de lo exhibido. Bien es verdad que bastaría con lo que hemos visto en estos días en el salón del Senado, y aún sobraría, para que cualquier pueblo se hombrea-se con los que alardeen de haber pisado más alto en el arte de Rafael, si Arturo Michelena en vez de ser un venezolano gran pintor, fuese un gran pintor venezolano. Nosotros apenas podemos enorgullecernos de que Michelena haya nacido en Venezuela, mientras que es á Francia á quien corresponde el ufanarse de que sus maestros, sus inapreciables tesoros artísticos, sus estímulos al talento, el grande aliento en fin que á las artes ella presta, hayan dado el necesario impulso y facilitado el desarrollo á las poderosas facultades de Michelena, quien, sin que ello pueda revocarse á duda, habría perecido antes de nacer como alto ingenio, si á tiempo no hubiese ido á nutrir de pura y riquísima savia su gigante inspiración. Corresponde á la madre que no ha podido criar llenares de satisfacción ante la robustez del niño, pero el orgullo es de derecho todo para la nodriza.

Contrayéndonos á Arturo Michelena y sus obras, asombra en primer lugar ver cómo trata con igual maestría asuntos tan diversos como en *Penthesilea* y *Caridad*. Diríase viendo el primero de estos cuadros que plácese sólo en lo grandioso el ingenio del pintor; que quien así interpreta el arranque fiero de las Amazonas, debía de andar á tientas en las sombras de la miseria. Pero basta con reflexionar un poco para comprender en qué consiste que haya unidad de inspiración para exhibir asuntos tan distintos. La fuente de la inspiración de Michelena es el espíritu.

*Penthesilea*, concibiendo y poniendo por obra el propósito de vencer nada menos que á Aquiles por la fuerza, es un ejemplo de la potencia del espíritu. La dama de viso por su nombre y su fortuna, que concibe y pone por obra el propósito de acudir personalmente llevando á la indigencia, antes del consuelo de la compasión que el recurso material, es otro ejemplo de la potencia del espíritu. *Carlota Corday* saliendo para subir á la guillotina con la impasibilidad de quien encuentra en la consecuencia esperada una prueba más de la evidencia satisfactoria de que su propósito es hecho consumado, también es ejemplo de la potencia del espíritu.

Adecuados son siempre á la presentación del asunto, la composición y el colorido—sencilla la primera y con cierto carácter de impuesto reposo donde el espíritu es pasivo, como que obran sobre él fuerzas extrañas: la inclemencia de la naturaleza en *El granizo*, el rigor de la miseria en *Caridad* y la ola del desorden social en *Carlota Corday*; complicada y de vertiginoso movimiento donde el espíritu ejerce directamente su completa actividad, como en *Penthesilea*. El colorido de este cuadro difiere mucho del de los mencionados antes; en aquellos es sombrío como ha de ser siempre lo que rodea á la miseria, al espanto y á la muerte. En aquellos cuadros no juega sino un rayo de luz que va á dar de lleno en el punto culminante del cuadro: la cara de *Carlota Corday*, la del anciano en *El granizo*, la cabeza del futuro huérfano en *Caridad*. En *Penthesilea* el colorido es rico, vario y de exquisita suavidad no obstante el tono caliente que toman los contornos expuestos á la luz del sol poniente. El cuadro es admirablemente luminoso, sin que el pincel haya dado en parte alguna un toque de blanco puro.

Vengamos á cada uno de los cuadros y tratemos de seguir la imaginación del artista y cómo ha dado vida á su concepto estético sobre cada uno de los asuntos presentados en sus cuadros.

*Penthesilea* carga con sus Amazonas contra las legiones de Aquiles con el propósito de vencerle y depositarse á luego con el héroe. Este es el asunto del cuadro, donde, sin que haya campo á discusión, ha dado el señor Michelena mayores muestras del poderoso alcance de su ingenio. *Penthesilea* ocupa en la composición el segundo plano, erguida sobre fogoso caballo al cual parece comunicar el ardiente coraje de que se halla la reina poseída. Lleva el bruto de enfrenada carrera, la cabeza levantada como pidiendo espacio que devorar. La reina vuelve la cara para alentar á sus Amazonas y seguir las peripecias del combate. En el primer plano un

grupo de acobardados guerreros se repliega y cae casi bajo los cascos de un caballo que corre desbocado, y sobre el que cabalga una amazona sosteniendo con el brazo izquierdo el cuerpo inerte de una compañera herida y levantando con la diestra el hacha que habrá de llevarse de camino una cabeza. En el tercer plano vese un puente que termina en dos senderos: el que sigue *Penthesilea* y que ocupa el segundo plano, y el que sigue el grupo de amazonas que ocupa el primero. Sobre el puente situado á mayor altura que los planos anteriores parece librarse lo más reñido del combate. Admírase allí la figura magistralmente ejecutada del caballo encabritado. La escena del puente, de prodigioso movimiento se destaca en oscuro sobre el horizonte inundado por la luz del sol poniente. Una amazona se despeña con su caballo y cae del puente al abismo, presentando el bruto un difícil y bien logrado escorzo. Yace por tierra en primer término el cuerpo de otra amazona muerta, donde es de admirarse lo exquisito del modelado.

Presenta este cuadro un contraste tal de tonos fríos con otros llenos de calor, que constituye una de las excelencias de la obra, desde que aquellos tonos se armonizan y hacen el efecto de imitar la luz tibia y difusa de la tarde que baña los cuerpos, fileteados sólo en sus contornos por los dorados rayos del ocaso.

*Carlota Corday* sale de la prisión para entregar á las tijeras del verdugo su rubia cabellera y el pintor, que la amaba y se ocupaba en bosquejar su retrato en aquel momento, le envía la última mirada de amante, que la sigue con el alma, y de artista que quiere retener en la memoria los rasgos de aquella fisonomía enérgica y hermosa; entre tanto el carcelero, con la indiferencia de quien ve pasar un bocado más para la insaciable guillotina, enciende apresuradamente su pipa, que es lo importante para él á la sazón.

Bellísima es la figura de *Carlota*, que recibe la luz de lleno, como que el artista la toma en el momento en que traspone el umbral de la puerta. Medio velada la expresión por el encage de la gorra, se advierten sin embargo el ligero fruncimiento del entrecejo, la dilatación de la nariz y la contracción de la boca, detalles, si bastante apreciables, no tan acentuados que den al semblante de la joven carácter dramático ni alcancen á la obra del artista tacha de rebuscamiento. De igual modo la cara del pintor, que está en la media tinta, presenta muy marcada expresión de dolor, sin que determinarse pueda qué músculos de aquel rostro ha puesto el artista en contracción para el logro de su objeto.

El tono general del cuadro es suave y los efectos de luz y de sombra están escogidos con singular acierto.

Michelena enriquece sus obras de detalles, sin que pueda decirse que los acumula. Esto, así como la congruencia con que siempre forman parte del asunto, revela cómo se apasiona el artista de sus obras.

*Caridad*.—En el rincón de miserable tugurio, devorada por la tisis, se muere una mujer joven, y madre de una infeliz criaturita de pocos meses. Otra madre de elegante porte y noble aspecto baja acompañada de su niño al rincón donde el terrible drama se avecina al desenlace, y es portadora de la consolación y del alivio. La dama que está en actitud de entrar alarga el cuello para descubrir entre las sombras del cuarto la víctima de la miseria. Esta yace en un jergón tendido en el suelo y próximo á una ventana por donde entra la luz que baña la figura del pequeño niño, el cual ha dejado sobre el jergón su único juguete, un pedacito de madera, y registra en el fondo de un cesto vacío donde alguna vez debió de hallar algún mendrugo, mientras la madre, en cuyo semblante está impresa esa indiferencia que precede casi siempre á la muerte, fija la mirada en el vacío, en la nada que la atrae.

La escena es en grado tal conmovedora, que apenas habrá quien, teniendo hijos, no sienta al fijar en aquel lienzo la mirada, un nudo en la garganta y lágrimas que pugnan por brotar.

El hueco de la puerta deja ver á lo lejos y en lo alto un patio lleno de luz, donde sonríen las flores y abunda el aire puro. Es esta la única nota alegre, apenas visible y muy distante de la escena, con la que contrasta para hacerla más patética.

El colorido es por lo general sombrío, abundante en tonos grises: la idea, el sentimiento de la obra, rechazan toda nota de color vivo todo tono alegre. Las mismas caras de los niños están veladas por la sombra, porque según la expresión de un poeta:

Es que no falta alegría,  
Ni es tan acerbo el dolor,  
Donde hay un ave, una flor  
O un niño que nos sonría.

*El Granizo* es una escena bien sentida y há.



bilmente presentada. Parece haber querido mostrar el artista cómo se traduce en expresión una impresión determinada en las tres edades de la vida. Un anciano, una mujer de media edad, y dos niños son sorprendidos por el granizo que rompe los vidrios de la ventana y cae en la pieza donde pasa la escena. El anciano levanta la cabeza con sorpresa, la mujer se cubre la cara con disgusto y los niños se encogen de espanto.

La figura del anciano recibe la luz de lleno y es por sí sola una obra maestra de naturalidad y de expresión. La cabeza sobre todo está estudiada con incomparable esmero y tiene en alto grado lo que en la técnica de los talleres se llama carácter. Un golpe de luz hábilmente dado en el pómulo izquierdo, que es el visible por estar la figura de perfil, suple la animación de que la priva la ausencia del ojo hundido en la cuenca.

El menaje no revela miseria sino pobreza honrada, y la concurrencia de los detalles es en ésta, como en todas las obras del aventajado artista, indicio cierto de cómo procede con entera conciencia en la ejecución de sus cuadros.

La composición es sencilla en el que ahora nos ocupa y el colorido el propio de la escena que se efectúa en una guardilla y en invierno.

Sentimos no tener tiempo ni espacio para ocuparnos en el estudio de *La vara rota* y la *Allegoría*. No tenemos qué decir de la primera en especial, por ser ello á nuestro humilde juicio, una tentativa á ensayar género nuevo por parte de Michelena, tentativa coronada por buen éxito sin duda, pero hecha en campo extraño para la índole del pintor, cuya inspiración está muy distante de complacerse en lo ridículo y lo bárbaro, como es sin duda eso que en tan alta estima tiene nuestra madre patria y que se conoce con el nombre de *corridos*.

Y después de haber visto los admirables lienzos y de saludar con efusión el talento del artista compatriota y de pensar cuánto contribuirá este mismo talento á honrar en Chicago el nombre de su patria, pensemos en que siglos se pasarán para que haya grandes artistas venezolanos, debido al casi nulo estímulo que entre nosotros tiene el arte. Esto no contradice el patriotismo de Michelena que es probado; pero él mismo no dejará de reconocer cuánto le debe su gloria á la culta y noble Francia.

#### LA MUJER Y SU CALVICIE

Creo que es Mr. Paulhan quien dice en su *Fisiología del Espíritu* que "la ciencia existe para descubrir la verdad y nó para el consuelo de las gentes"; tal verdad es de las de á puño, mal que les pese á los que se empeñan en no creer ni saber más que las carcomidas necesidades que oyeron de los arrugados labios de sus apollados papás.

En el ramillete de las verdades científicas que ni alegran ni consuelan, figura la muy triste del estado de calvicie que más tarde ó más temprano ha de sufrir el bello sexo. Es la ciencia antropológica la que tiene la culpa de tan descalabrada esperanza al afirmar, 19: la relación directa que existe entre la cantidad de pelos que poseemos, y el grado de inferioridad en que nos hallamos; y 29: el fatal y progresivo perfeccionamiento de la raza humana. Así, queda también afirmado por manera implícita el axioma de que los humanos hemos de ir con el tiempo quedándonos chinitos, al paso que iremos despojándonos paulatinamente de todas nuestras mañas y malos modos. La causa de tal despelamiento no sabemos á punto fijo á que atribuirlo; si á un trabajo de endomosis de virtudes ó de exomosis de picardías y de vicios. O expresado en castellano viejo: porque nos entren en el cerebro muchas cualidades bellas y morales que debiliten las raíces de los pelos y los hagan caer, ó porque los tumben en su atropellada salida los malos pensamientos que se escapan del cráneo, á modo como parecen huir de las santas catedrales góticas los animales y figuras horrendas que adornan las techumbres, y las que á nuestro juicio (con perdón de Hegel y de Richter) no representan más ni menos que

á los mismísimos demonios que huyen de la luz divina con pavor á los infiernos.

Mas sea como fuere, es lo cierto que la raza humana será raza de calvos. Y nada importaría que los hijos de Adán padecieran de calvicie, que con pelos ó sin ellos, siempre fueron y serán bípedos despreciables; pero que la mujer, la eterna adorada del Profeta, el arpa siempre dispuesta á producir por medio de amoroso tacto los sones y cantilenas del más apasionado erotismo; que las futuras Zairas y Lucindas hayan de perder con el tiempo sus gudejas de ébano ó de oro, eso, eso no puede ser. ¿Cómo hemos de conformarnos á contemplar tanto cráneo femenino, desnudo para siempre de su divinal arreo? ¿Cómo renunciar para siempre jamás á cubrir nuestra cabeza delirante con la cabellera undosa y rica de perfumes, cuando reclinada nuestra frente en el pecho de la amada susurrarnos en su seno la frase quemante de viril amor? Ah! cruel destino el de los futuros amadores! ¿Con qué reemplazar entonces esa gracia única del aterciopelado vello, que nació al roce de las alas de Cupido; y que es emblema de misteriosas sensaciones si corona los rojos labios de virginal mujer? ¿A qué entonces la vida sin las dulcísimas fruiciones de la mano cuando rosa suavemente la *caro femina* y sienten vibrar todos sus nervios al contacto de esas finísimas agujas que comunican fuerza eléctrica de amor al corazón? Maldecida sea entonces la caricia porque ejerce su dulce ministerio sobre piel sin fuego ni amorosa sávia!

Mas no hay que desconsolarnos. Serán calvas las mujeres, pero nuevas sensaciones derivarse han de la calvicie. En primer término la vista irá poco á poco acostumbrándose al brillo mate de un cráneo despejado, y con ello gozará; en segundo, será deleite inapreciable para el hombre la santa novedad de depositar sus castos besos, no ya en la frente de las vírgenes sino en plena coronilla; más después, será goce único, sin par, el de los futuros novios, cuando soba que te soba manosearán sin tregua sus tersas calaveras; en seguida, comenzará á introducirse la moda del *latuaje*, y así como hoy se estila y es de tono pintar en abanicos, entouces ha de usarse lucir en el pelado casco la obra maestra de un miniaturista ó del pintor de grandes lienzos; creándose por ende, el nuevo arte de la *pintura craneóptica*. Ya gozamos á la idea de ver á las futuras doncellas lucir radiosos cuadros y paisajes, de suaves tintas, en que pululen sin cuento zagales, pastoras y amorcillos, con lo que resucitará la poesía bucólica-pastoril, ya muy alicaída por ese letal espíritu científico que hoy nos envenena y aniquila; entonces la sensible y amorosa viuda llevará como escudo de defensa y enseña de dolor y mientras éste dure (7 ú 8 días á lo más) el retrato fidelísimo de quién fué su esposo y mártir. Todas lucirán algo, y el mundo estará á pedir de boca; mas una duda nos conturba:

¿Cuál será entonces el tocado de los frailes capuchinos?

M. R.

## EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

II

El barco se llamaba la *María*, y su patrón, Germeur. Cada año llevaba á cabo su peligrosa expedición de pesca en aquellas frías regiones donde los veranos no tienen noches.

Un barco antiguo, como su protectora la Virgen de

barro. Sus macizos costados, con vértebras de roble, estaban rugosos, resquebrajados, impregnados de humedad y de salmuera; pero sanos todavía y robustos, exhalando el vivificante olor del alquitrán. Cuando estaba inmóvil sobre sus anclas, tenía un aspecto pesado; pero cuando soplaban las grandes brisas del Oeste, la *María* hacía alarde de su vigor ligero, como las gaviotas despertadas por el viento. Entonces tenía una manera particular de elevarse con la ola y de balancearse sobre ella, con más desembarazo que muchos barcos nuevos contruidos con la finura moderna.

En cuanto á los tripulantes—los seis marineros y el grumete—eran todos *islandeses*; es decir que pertenecían á esa valiente raza de marineros que habitan en Paimpol y en Treyrier, y que de generación en generación vienen dedicándose á la pesca en Islandia.

Casi nunca habían visto el verano de Francia. Al finalizar el invierno, recibían con los demás pescadores, en el puerto de Paimpol, la bendición de la partida. Para la celebración de la ceremonia levantábase en el muelle un altar—todos los años el mismo—figurando una gruta de rocas: ocupando el centro, entre trofeos de anclas, de remos y de redes, velase, en su dulce impasibilidad, á la Virgen, patrona de los marineros, sacada con tal objeto de la iglesia parroquial, mirando inalterablemente con sus ojos sin vida, lo mismo á los afortunados, para quienes la temporada debía ser próspera, como á los infelices que no habían de volver á ver las costas patrias.

El Santo Sacramento, seguido de una lenta procesión de madres y esposas, de prometidas y de hermanas, daba la vuelta al puerto, y todos los barcos pescadores, empavesados con banderas y gallardetes, le saludaban á su paso con el pabellón. El sacerdote, deteniéndose ante cada uno de ellos, les echaba la bendición.

Y luego dábanse á la vela todos juntos, á manera de una flota, dejando al país casi vacío de maridos, de amantes y de hijos. Al alejarse, los tripulantes de los barcos entonaban en coro, con sus voces robustas y vibrantes, los cánticos en honor de *María*, la Estrella del Mar.

Y todos, todos los años tenía lugar el mismo ceremonial de la partida, con las mismas despedidas y los mismos cánticos.

Después volvía á empezar la vida de alta mar—del largo, como dicen los navegantes;—la vida del aislamiento con media docena de rudos compañeros sobre movedizas tablas en medio de las aguas de la región hiperbórea.

La *María* había regresado siempre con felicidad de sus expediciones anuales: la Estrella del Mar había cubierto con su manto al viejo barco que lleva su nombre excelso.

Generalmente los barcos expedicionarios regresaban á fines de agosto; pero la *María*, á ejemplo de otras naves pescadoras, no hacía más que tocar en Paimpol y bajar luego al golfo de Gascuña, donde se vende bien la salazón y se compra en buenas condiciones la sal para la próxima campaña.

En esos puertos del Mediodía, calentados por el sol, se desparraman por algunos días las tripulaciones robustas, ávidas de placer, embriagadas por un resto de verano, por un aire más tibio; por la tierra y por las mujeres. Pero las primeras brumas de otoño les hace tomar el camino del hogar, donde por algún tiempo se ocupan de amor y de familia; de matrimonios y de bautizos. Casi siempre se encuentran allí con pequeños recién nacidos, concebidos el precedente invierno y que aguardan padrinos para recibir el sacramento del Bautizo. Esas razas de pescadores que la Islandia devora, necesitan multiplicarse mucho.

III

En Paimpol, y en una hermosa tarde de un domingo de junio de aquel mismo año, dos mujeres estaban sumamente ocupadas en escribir una carta.

La escena tenía lugar delante de una ancha ventana abierta, adornada con una fila de tiestos de flores.

Inclinadas sobre la mesa, ambas mujeres parecían jóvenes; la una llevaba una cofia extremadamente grande, á la moda antigua; la otra tenía puesta una cofia pequeña, de la nueva forma adoptada por las paimpolesas. Hubiérase dicho que eran dos enamoradas, redactando juntas un tierno mensaje para algún gallardo marino islandés.

La que dictaba—la de la cofia grande—levantó la cabeza como para buscar ideas. Entonces pudo verse que era vieja, bastante vieja, no obstante su aire juvenil, así, vista de espaldas, cubierta con su chal





parduzco. Debía tener unos setenta años; pero sus ojos, de una expresión dulce y bondadosa, y sus mejillas sonrosadas, prestaban á su rostro venerable cierto aspecto de frescura y se adivinaba que había sido bonita en sus buenos tiempos.

Verdaderamente, en todo el país de Paimpol no se encontraba otra mujer de su edad capaz de decir cosas tan graciosas á propósito de unos y de otros, y hasta á propósito de nada. En la carta que en aquel momento dictaba iban ya tres ó cuatro historietas burlescas, si bien desprovistas de malicia, porque era un alma sin hiel la de la buena viejecita.

La otra, viendo que el curso de la carta quedaba interrumpido, entretuvo el tiempo escribiendo cuidadosamente el sobre, que decía de este modo:

*Al Sr. Silvestre Moan, á bordo de la "María", patrón Germeur, en el mar de Islandia.—Por Reikervick.*

Terminado que hubo, levantó la cabeza para preguntar:

—¿Hemos concluido ya, señora Moan?

La que hacía de secretaria de la señora Moan, si que era joven: un adorable rostro de veinte años. Muy rubia, color de cabellos bien raro en un rincón de Bretaña donde la raza es morena; con hermosos ojos grises, adornados de largas pestañas casi negras. El perfil, algo corto, era muy noble, y la nariz prolongaba la línea de la frente con una rectitud absoluta, como en las estatuas griegas. Un hoyito muy marcado, debajo del labio inferior, acentuaba deliciosamente el relieve de éste, y de cuando en cuando, si acaso la preocupaba un pensamiento, se mordía aquel labio con sus blanquísimos dientes, cuya presión hacía correr, bajo la piel fina, pequeñas ráfagas más rojas. Había en toda su esbelta persona algo de orgulloso, algo también de un poco grave, heredado de sus antepasados, atrevidos marinos de Islandia. La expresión de los ojos era á la vez obstinada y dulce.

Llevaba una cofia en forma de concha, que se ceñía á su frente, casi como una venda, y se levantaba mucho por los lados, dejando ver espesas trenzas de cabellos enrolladas encima de las orejas en forma de caracol, peinado cuyo uso data de tiempos muy remotos y que presta todavía un aspecto arcaico á las mujeres paimpolesas.

A primera vista comprendíase que la joven había sido educada de muy distinto modo que la anciana, á la que solía llamar "abuela" por más que no fuese sino una parienta lejana que había experimentado muchas vicisitudes en su vida.

Su padre, el señor Mével, era un antiguo islandés enriquecido por audaces empresas marítimas.

La habitación que ocupaban las dos interlocutoras era la propia habitación de la señorita Mével. Vefase allí una cama moderna, con sus colgaduras de muselina ribeteadas de encajes, y sobre las gruesas paredes, un papel de color claro atenuaba las irregularidades del granito. El techo, sostenido por enormes vigas, revelaba la antigüedad de la morada, que era una verdadera casa de gentes acomodadas de la clase media, y las ventanas daban á la vieja plaza gris de Paimpol, donde se celebran los mercados y las fiestas populares.

—¿Hemos terminado, abuela Ivona? ¿No tenéis nada más que decirle?

—No, hija mía; agrega solamente que le dé expresiones de mi parte al chico de Gaos.

Al oír este apellido, que era el de Juan, á quien ya conocen nuestros lectores, la bella joven orgullosa se puso muy colorada.

Concluida la carta, se levantó para asomarse á la ventana, como si algo muy interesante ocurriera en la plaza.

De pie, era tal vez demasiado alta; pero su talle estaba modelado, como el de una dama elegante, en un corpiño que no hacía el menor pliegue. Todo su ser respiraba distinción y finura. Sus manos, sin tener esa excesiva pequeñez que ha llegado á ser convencionalmente una belleza, eran blancas y finas, como manos nunca empleadas en trabajos groseros.

En honor á la verdad, había empezado por ser una chicuela bastante descuidada, como lo son generalmente las que no tienen madre que vele por ellas, y sus primeros años transcurrieron en el abandono en que su padre la dejaba durante sus largas expediciones marítimas. En aquella época se criaba despeinada, voluntariosa, obstinada—linda siempre—creciendo vigorosa al áspero soplo del viento de la Mancha, sin recibir otros cuidados que los pocos que podía darle la tía Moan, quien ocupada constantemente en Paimpol, le confiaba la custodia del pequeño Silvestre, año y medio más joven que ella.

Nuestra joven tenía presente aquel rudo comienzo de su vida, como persona á quien no habían podido perturbar ni las riquezas ni la posición: en su espíritu había siempre como un sueño lejano de libertad salvaje; como una reminiscencia de una época vaga y misteriosa en que la arenosa playa tenía más espacio; en que las rocas que la dominan eran más gigantescas.

Contaba cinco ó seis años cuando su padre, que empezaba á enriquecerse comprando y vendiendo cargamentos de buques, la llevó consigo á Saint-Brieuc, y más tarde á París. Entonces dejó de ser la pequeña Gaud para convertirse en una señorita Margarita, persona seria y de mirada grave. Siempre algo entregada á sí misma, si bien con otro género de abandono que el de la playa bretona, había conservado su naturaleza obstinada de niña. Lo que sabía de cosas de la vida, le había sido revelado por acaso, sin discernimiento alguno; pero una dignidad ingénita, excesiva, le había servido de salvaguardia. De vez en cuando se daba aires atrevidos, diciendo á las gentes en su cara cosas sorprendentes por lo demasío francas, sin que sus ojos se bajasen siempre ante las miradas de los jóvenes. Solamente que aquellos ojos tenían una mirada tan honrada, tan indiferente, que no había medio de equivocarse: todos comprendían al momento que hablaban con una muchacha juiciosa, tan sana de corazón como de rostro.

Con el hábito de las grandes ciudades, su modo de vestir había sufrido más modificaciones que ella misma. Por más que permaneció fiel al uso de la cofia, que las bretonas abandonan difícilmente, bien pronto aprendió el arte de ataviarse de otra suerte, y su talle de pescadorcita, antes enteramente libre, al formarse, al adquirir la plenitud de sus bellos contornos germinados al viento del mar, se había afinado y modelado dentro de largos corsés de señorita.

Todos los años iba á pasar el verano con su padre, en Bretaña, donde volvía á encontrar por algunas semanas sus recuerdos de otros tiempos y su nombre de *Gaud*, que en lengua del país quiere decir Margarita. Tal vez experimentaba algo de curiosidad por ver aquellos islandeses, de quienes se hablaba tanto, que nunca estaban allí, y de los cuales, unos cuantos dejaban cada año de volver á sus hogares.

Y un día, cuando menos lo esperaba, se encontró reinstalada de una vez y para siempre en su país de pescadores, á consecuencia de un capricho de su padre, que deseaba terminar allí su existencia, y habitar lo que le restara de vida, como un ciudadano acomodado, en la gran plaza de Paimpol.

\*\*\*

La anciana, con su equipo pobre y aseadito, se marchó dando las gracias, tan luego como la carta quedó del todo concluida y encerrada en su sobre. Vivía bastante lejos de la población, á la entrada del país de Ploubazlanec, en una aldea de la costa, habitando todavía la misma cabaña donde ella había nacido y donde nacieron sus hijos y sus nietos.

Muchas gentes la saludaban á su paso por las calles: era una de las personas de más edad de la comarca, y procedía de una familia honradísima y generalmente estimada.

A fuerza de milagros de orden y de esmero, llegaba al resultado de aparecer casi bien vestida con pobres trajes mil veces compuestos y remendados, que se desmoronaban de vejez. No andaba como la inmensa mayoría de las viejas, sino muy derecha; y

verdaderamente, á pesar de la curva de su barba, la dulzura de los ojos y lo fino del perfil hacían de ella una anciana muy presentable.

Aquel día la buena señora Moan se sentía más fatigada, más abrumada que de ordinario por su vida de trabajo incesante. Además, pensaba mucho en el más pequeño de sus nietos, que al regreso de la pesca de Islandia debía partir para el servicio de la marina. ¡Cinco años! ¿Lo enviarían quizá á China á tomar parte en la guerra? ¿Estaría ella viva todavía cuando el muchacho volviera? Á este pensamiento no podía menos de angustiarse el corazón.....No; decididamente la pobre vieja no se sentía con su alegría habitual; por momentos su rostro tenía esas horribles contracciones provocadas por la explosión del llanto.

Luego era posible, luego era verdad que pronto habrían de arrebatárle á su último nieto! ¡Ah! morir tal vez sola, sin volverle á ver.....Es cierto que ella había dado y hablado á personas de alto valimiento para ver si el chico podía quedarse, como sostén único de una pobre abuela, casi indigente, que pronto no podría trabajar; pero las diligencias no habían dado resultado á causa del mal precedente del otro, Juan Moan el desertor, un hermano mayor de Silvestre, al que nadie mentaba ya en la familia, pero que sin duda existía escondido en algún rincón de América, arrebatando así á su hermano menor el beneficio de la exención militar. Y luego, le habían sacado á reducir su pequeña pensión de viuda de marino: en fin, no la habían encontrado bastante pobre.

De regreso en su vetusta morada, recitó largas plegarias por todos sus difuntos: luego rezó también, con una confianza ardiente, por su amado nieto Silvestre, y trató de dormir.

La otra, la hermosa joven, se había quedado sentada junto á su ventana, contemplando los reflejos amarillentos que el sol poniente trazaba en el granito de las paredes, y en el cielo las golondrinas que volaban en giros concéntricos. Paimpol en aquellas largas tardes de mayo tenía un aspecto de ciudad desierta; apenas si se veían algunas muchachas que se paseaban de dos en dos ó de tres en tres, sin tener siquiera quien les hiciese la corte, soñando con los galanes que estaban en el mar de Islandia.

—.....Que le den expresiones de mi parte al chico de Gaos....."

Mucho la había turbado esta frase de la carta dictada por la anciana: aquel nombre de "Gaos" no la dejaba en paz.

A menudo pasaba las tardes en la ventana, como una señorita, á causa de que su padre era poco partidario de verla pasear con jóvenes de su edad, pero de distinta condición. Y luego, al señor Mével le gustaba mucho, cuando al salir del café daba sus paseitos por la plaza fumando su pipa en unión de otros antiguos marinos, ver á su hija en aquella ventana de casa rica, embellecida con tiestos de flores.

¡El chico de Gaos!.....A pesar suyo, Margarita Mével volvía á cada momento la cabeza hacia el lado del mar, que no veía, pero que sentía cerca de ella, al extremo de las callejuelas por donde subían los barqueros. Y su pensamiento se marchaba á los infinitos de esa cosa que siempre atrae, fascina y devora: se iba allá á lo lejos, á las aguas polares, donde navegaba la *María*, patrón Germeur.

¡Qué extraño era el tal chico de Gaos, como le llamaba la abuela! Un enamorado que ahora huía y se ocultaba, después de haberse adelantado de una manera á la vez tan osada y tan dulce!

.....

Su ensueño versaba en aquel momento sobre los recuerdos de su vuelta á Bretaña, que databa del año anterior.

Cierta mañana de diciembre, después de una noche de viaje, el tren procedente de París les había dejado, á su padre y á ella, en Guinyamp, cuando rayaba el alba. Entonces se sintió presa de una impresión desconocida: aquella población, pequeña y antigua, que nunca había atravesado sino en verano, le hacía un efecto completamente distinto al de antes.

Continuad

## NOTA

El sábado próximo saldrá un Suplemento al presente número.



## ROMANZA PARA CANTO Y PIANO

A mi maestro el señor Fernando Rachelle

Letra del señor A. D.

Por Rosario Silva S.

ANDANTE

Me dijo quemee maba con lo  
 ena de so di llax me fu xo sua mor  
 Su so her niente al cie lo for tes ligo De sue ter na mag  
 ni gi ca for sion A goesen che se lig  
 su ju ra men to Co moes en chan los



emge les a Dios Con miel mor y mi fe  
 le di mi vi da y sui magen lle no  
 mi co ra con  
 vino des pue terrible de sen ga ño Del in gra to sin



pe na meolvi — do Ser ju — ro fue con

migo y con el cie lo.

Dios per do ne Dios per do ne Dios per do ne su.

re — pro ba — su re pro ba — trei.

Fin



Damos principio hoy á la publicación de la preciosa obra de Guy de Maupassant *Clair de Lune*—al hacerlo en su idioma original—muévenos á ello doble objeto: el de no desperficcionar con una traducción casi siempre defectuosa (traduttore—traditore) la producción por demás delicada del poeta francés; y estimular en nuestras lectoras la práctica de un idioma hoy tan universal como lo es este. Al tener buena acogida esta iniciativa que nos ha sido sujerida por una de las amables señoritas que nos favorecen con sus benévolos aplausos, continuaremos con otras publicaciones en la misma lengua y alternaremos una vez más que otra con algunas perlas de la literatura inglesa, ya que también el idioma de Shakespeare tiene culto entre nosotros.

GUY DE MAUPASSANT

## CLAIR DE LUNE

Il portait bien son nom de bataille, l'abbé Marignan. C'était un grand prêtre maigre, fanatique, d'âme toujours exaltée, mais droite. Toutes ses croyances étaient fixes, sans jamais d'oscillations. Il s'imaginait sincèrement connaître son Dieu, pénétrer ses desseins, ses volontés, ses intentions.

Quand il se promenait à grands pas dans l'allée de son petit presbytère de campagne, quelquefois une interrogation se dressait dans son esprit : « Pourquoi Dieu a-t-il fait cela ? » Et il cherchait obstinément, prenant en sa pensée la place de Dieu, et il trouvait presque toujours. Ce n'est pas lui qui eût murmuré dans un élan de pieuse humilité : « Seigneur, vos desseins sont impénétrables ! » Il se disait : « Je suis le serviteur de Dieu, je dois connaître ses raisons d'agir, et les deviner si je ne les connais pas. »

Tout lui paraissait créé dans la nature avec une logique absolue et admirable. Les « Pourquoi » et les « Parce que » se balançaient toujours. Les aurores étaient faites pour rendre joyeux les réveils, les jours pour mûrir les moissons, les pluies pour les arroser, les soirs pour préparer au sommeil et les nuits sombres pour dormir.

Les quatre saisons correspondaient parfaitement à tous les besoins de l'agriculture ; et jamais le soupçon n'aurait pu venir au prêtre que la nature n'a point d'intentions et que tout ce qui vit s'est plié, au contraire, aux dures nécessités des époques, des climats et de la matière.

Mais il haïssait la femme, il la haïssait inconsciemment, et la méprisait par instinct. Il répétait souvent la parole du Christ : « Femme, qu'y a-t-il de commun entre vous et moi ? » et il ajoutait : « On dirait que Dieu lui-même se sentait mécontent de cette œuvre-là. » La femme était bien pour lui l'enfant douze fois impure dont parle le poète. Elle était le tentateur qui avait entraîné le premier homme et qui continuait toujours son œuvre de damnation, l'être faible, dangereux, mystérieusement troublant. Et plus encore que leur corps de perdition, il haïssait leur âme aimante.

Souvent il avait senti leur tendresse attachée à lui et, bien qu'il se sût inattaquable, il s'exaspérait de ce besoin d'aimer qui frémissait toujours en elles.

Dieu, à son avis, n'avait créé la femme que pour tenter l'homme et l'éprouver. Il ne fallait approcher d'elle qu'avec des précautions défensives, et les craintes qu'on a des pièges. Elle était, en effet, toute pareille à un piège avec ses bras tendus et ses lèvres ouvertes vers l'homme.

Il n'avait d'indulgence que pour les religieuses que leur vœu rendait inoffensives ; mais il les traitait durement quand même, parce qu'il la sentait toujours vivante au fond de leur cœur enchaîné de leur cœur humilié, cette éternelle tendresse qui venait encore à lui, bien qu'il fût un prêtre.

Il la sentait dans leurs regards plus mouillés de piété que les regards des moines, dans leurs extases où leur sexe se mêlait, dans leurs élans d'amour vers le Christ, qui l'indignaient parce que c'était de l'amour de femme, de l'amour charnel ; il la sentait, cette tendresse maudite, dans leur docilité même, dans la douceur de leur

voix en lui parlant, dans leur yeux baissés, et dans leur larmes résignées quand il les reprenait avec rudesse.

Et il secouait sa soutane en sortant des portes du couvent, et il s'en allait en allongeant les jambes comme s'il avait fui devant un danger.

Il avait une nièce qui vivait avec sa mère dans une petite maison voisine. Il s'acharnait à en faire une sœur de charité.

Elle était jolie, écervelée et moqueuse. Quand l'abbé sermonnait, elle riait ; et quand il se fâchait contre elle, elle l'embrassait avec véhémence, le serrant contre son cœur, tandis qu'il cherchait involontairement à se dégager de cette étreinte qui lui faisait goûter cependant une joie douce, éveillant au fond de lui cette sensation de paternité qui sommeille en tout homme.

Souvent il lui parlait de Dieu, de son Dieu, en marchant à côté d'elle par les chemins des champs. Elle ne l'écoutait guère et regardait le ciel, les herbes, les fleurs, avec un bonheur de vivre qui se voyait dans ses yeux. Quelquefois elle s'élançait pour attraper une bête volante, et s'écriait en la rapportant : « Regarde, mon oncle, comme elle est jolie ; j'ai envie de l'embrasser. » Et ce besoin d'embrasser des mouches ou des grains de lilas inquiétait, irritait, soulevait le prêtre, qui retrouvait encore là cette indéfinissable tendresse qui germe toujours au cœur des femmes.

Puis, voilà qu'un jour l'épouse du sacristain, qui faisait le ménage de l'abbé Marignan, lui apprit avec précaution que sa nièce avait un amoureux.

Il en ressentit une émotion effroyable, et il demeura suffoqué, avec du savon plein la figure, car il était entrain de se raser.

Quand il se retrouva en état de réfléchir et de parler, il s'écria : « Ce n'est pas vrai, vous mentez, Mélanie ! »

Mais la paysanne posa la main sur son cœur : « Que Notre-Seigneur me juge si je mens, monsieur le curé. J'ai vu dis qu'elle y va tous les soirs si tôt qu'elle est couchée. Ils se r'trouvent le long de la rivière. Vous n'avez qu'à y aller voir entre dix heures et minuit. »

Il cessa de se gratter le menton, et il se mit à marcher violemment, comme il faisait toujours en ses heures de grave méditation. Quand il voulut recommencer à se barboter, il se coupa trois fois depuis le nez jusqu'à l'oreille.

Tout le jour, il demeura muet, gonflé d'indignation et de colère. A sa fureur de prêtre, devant l'invincible amour, s'ajoutait une exaspération de père moral, de tuteur, de chargé d'âme, trompé, volé, joué par une enfant ; cette suffocation égoïste des parents à qui leur fille annonce qu'elle a fait, sans eux et malgré eux, choix d'un époux.

Après son dîner, il essaya de lire un peu, mais il ne put y parvenir ; et il s'exaspérait de plus en plus. Quand dix heures sonnèrent, il prit sa canne, un formidable bâton de chêne dont il se servait toujours en ses courses nocturnes, quand il allait voir quelque malade. Et il regarda en souriant l'énorme gourdin qu'il faisait tourner, dans sa poigne solide de campagnard, en des moulinets menaçants. Puis, soudain, il se leva et, grinçant des dents, l'abattit sur une chaise dont le dossier fendu tomba sur le plancher.

Il ouvrit sa porte pour sortir ; mais il s'arrêta sur le seuil, surpris par une splendeur de clair de lune telle qu'on n'en voyait presque jamais.

Et comme il était doué d'un esprit exalté, un de ces esprits que devaient avoir les Pères de l'Eglise, ces poètes rêveurs, il se sentit soudain distrait, ému par la grandiose et sereine beauté de la nuit pâle.

Dans son petit jardin, tout baigné de douce lumière, ses arbres fruitiers, rangés en ligne, dessinaient en ombre sur l'allée leurs grêles membres de bois à peine vêtus de verdure ; tandis que le chèvrefeuille géant, grimpé sur le mur de sa maison, exhalait des souffles délicieux et comme sucrés, faisait flotter dans le soir tiède et clair une espèce d'âme parfumée.

Il se mit à respirer longuement, buvant de l'air comme les ivrognes boivent du vin, et il allait à pas lents, ravi, émerveillé, oubliant presque sa nièce.

Dès qu'il fut dans la campagne, il s'arrêta pour

contempler toute la plaine inondée de cette lueur caressante, noyée dans ce charme tendre et languissant des nuits sereines. Les crapauds à tout instant jetaient par l'espace leur note courte et métallique, et des rossignols lointains mêlaient leur musique égrenée qui fait rêver sans faire penser, leur musique légère et vibrante, faite pour les baisers, à la séduction du clair de lune.

L'abbé se remit à marcher, le cœur défaillant, sans qu'il sût pourquoi. Il se sentait comme affaibli, épuisé tout à coup ; il avait envie de s'asseoir, de rester là, de contempler, d'admirer Dieu dans son œuvre.

Là-bas, suivant les ondulations de la petite rivière, une grande ligne de peupliers serpentait. Une buée fine, une vapeur blanche que les rayons de lune traversaient, argentaient, rendaient luisante, restait suspendue autour et au-dessus des berges, enveloppait tout le cours tortueux d'une sorte de ouate légère et transparente.

Le prêtre encore une fois s'arrêta, pénétré jusqu'au fond de l'âme par un attendrissement grandissant, irrésistible.

Et un doute, une inquiétude vague l'envahissait ; il sentait naître en lui une de ces interrogations qu'il se posait parfois.

Pourquoi Dieu avait-il fait cela ? Puisque la nuit est destinée au sommeil, à l'inconscience, au repos, à l'oubli de tout, pourquoi la rendre plus charmante que le jour, plus douce que les aurores et que les soirs, et pourquoi cet astre lent et séduisant, plus poétique que le soleil et qui semble destiné, tant il est discret, à éclairer des choses trop délicates et mystérieuses pour la grande lumière, s'en venait-il faire si transparentes les ténébres ?

Pourquoi le plus habile des oiseaux chanteurs ne se reposait-il pas comme les autres et se mettait-il à vocaliser dans l'ombre troublante ?

Pourquoi ce demi-voile jeté sur le monde ? Pourquoi ces frissons de cœur, cette émotion de l'âme, cet alanguissement de la chair ?

Pourquoi ce déploiement de séductions que les hommes ne voyaient point, puisqu'ils étaient couchés en leurs lits ? A qui étaient destinés ce spectacle sublime, cette abondance de poésie jetée du ciel sur la terre ?

Et l'abbé ne comprenait point.

Mais voilà que là-bas, sur le bord de la prairie, sous la voûte des arbres trempés de brume luisante, deux ombres apparurent qui marchaient côte à côte.

L'homme était plus grand et tenait par le cou son amie, et, de temps en temps, l'embrassait sur le front. Ils animèrent tout à coup ce paysage immobile qui les enveloppait comme un cadre divin fait pour eux. Ils semblaient, tous deux, un seul être, l'être à qui était destinée cette nuit calme et silencieuse ; et ils s'en venaient vers le prêtre comme une réponse vivante, la réponse que son Maître jetait à son interrogation.

Il restait debout, le cœur battant, bouleversé, et il croyait voir quelque chose de biblique, comme les amours de Ruth et de Booz, l'accomplissement d'une volonté du Seigneur dans un de ces grands décors dont parlent les livres saints. En sa tête se mirent à bourdonner les versets du Cantique des Cantiques, les cris d'ardeur, les appels des corps, toute la chaude poésie de ce poème brûlant de tendresse.

Et il se dit : « Dieu peut-être a fait ces nuits-là pour voiler d'idéal les amours des hommes. »

Il reculait devant ce couple embrassé qui marchait toujours. C'était sa nièce pourtant ; mais il se demandait maintenant s'il n'allait pas désobéir à Dieu. Et Dieu ne permet-il point l'amour, puisqu'il l'entoure visiblement d'une splendeur pareille ?

Et il s'enfuit, éperdu, presque honteux, comme s'il eût pénétré dans un temple où il n'avait pas le droit d'entrer.

Valor de este Suplemento, un Bolívar.

Los suscritores á EL COJO ILUSTRADO tienen derecho á este Suplemento sin ningún recargo de suscripción.